

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Carlos Gatti Murriel

*Profesor emérito del Departamento
Académico de Humanidades*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **61**
Lima, 2019

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente honorario: José Agustín de la Puente Candamo
Presidente: César Gutiérrez Muñoz

Miembros: Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

Beatriz Montoya Valenzuela
Archivera de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Carlos Gatti Murriel: Profesor emérito del Departamento
Académico de Humanidades*

. -- Lima: PUCP, 2019.

p. 108: il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad;
61)

© Pontificia Universidad Católica del Perú – Archivo de la Universidad, 2019.

Av. Universitaria 1801, Lima 32

Teléfono: (511) 626 2000 anexo 3713

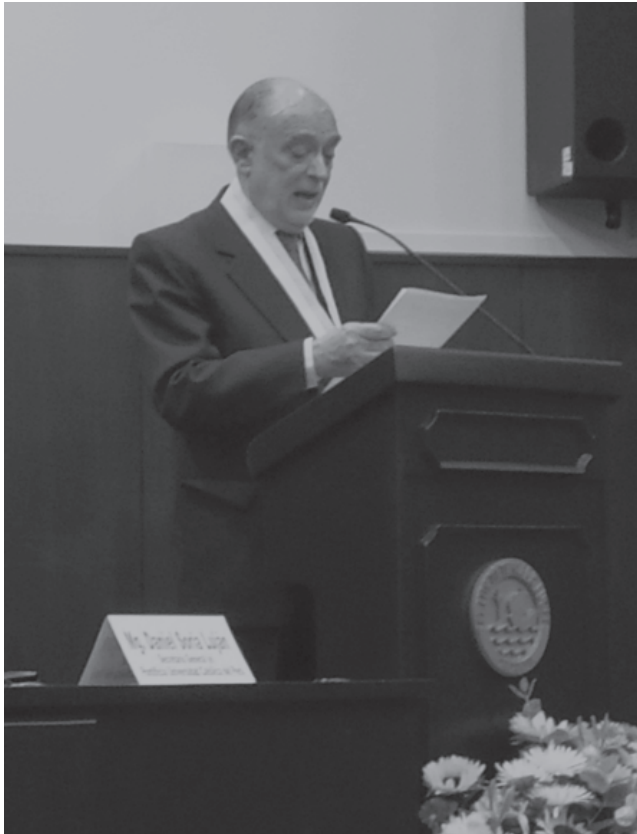
E-mail: archivo@pucp.edu.pe

Facebook: <https://www.facebook.com/ArchivoPUCP/>

Dirección URL: <http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-16766



A handwritten signature in black ink, which reads "Carlos Gatti Murriel". The signature is written in a cursive style and is enclosed within a hand-drawn rectangular box.

CARLOS GATTI MURRIEL
Profesor emérito
Departamento Académico de Humanidades
1 de octubre de 2019

Presentación

En esta publicación del Archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú se compila los discursos pronunciados con ocasión del nombramiento del profesor Carlos Gatti Murriel como profesor emérito del Departamento de Humanidades de nuestra Universidad.

Tanto ese nombramiento como esta publicación constituyen un homenaje de la más estricta justicia a quien ha sido durante décadas uno de los más destacados docentes de nuestra Casa de Estudios, un humanista integral a quien más de una generación reconoce como un auténtico maestro. Si la Universidad Católica se distingue en nuestra sociedad por su tenaz defensa del pensamiento libre, del cultivo de los saberes clásicos y de la cultura humanística, hay que decir que Carlos Gatti es una figura emblemática de nuestra Casa.

Los testimonios que aquí se recogen, todos ellos expresivos de un afecto sincero y de un merecido aprecio intelectual, ponen de relieve, sobre todo, tres aspectos sobresalientes de su presencia entre nosotros: su vasta erudición, su forma peculiar y generosa de ejercer la docencia, y las diversas facetas artísticas de su persona.

La erudición del profesor Gatti, asombrosa y admirada por todos los que lo conocemos, tendría que ser descrita como una erudición creativa. Con esto queremos decir que ella no se compone exclusivamente de una acumulación vasta y profunda de saberes sobre una variedad amplia de temas y campos intelectuales, sino que es algo más: es una forma de estar en el mundo, de conectarse con él de una forma vívida y, desde luego, de hacer que quienes lo rodeamos –amigos personales,

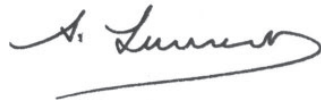
colegas, estudiantes, interlocutores pasajeros– veamos enriquecida nuestra relación con la cultura. Todo el que lo haya oído disertar sobre la *Commedia*, por mencionar solo uno entre los numerosos dominios de su amplio saber, ha disfrutado de esa experiencia, la de una palabra que no solamente nos informa y nos ilustra, sino que, sobre todo, nos hace *partícipes* activos, protagónicos, de la vida de la cultura.

Es la suya, pues, una inteligencia hospitalaria y generosa, como también se destaca en estos textos, y posiblemente en ningún espacio de su quehacer cotidiano sea eso más evidente que en el de la docencia. Su práctica de la enseñanza ha sido siempre exigente y rigurosa, y al mismo tiempo amistosa. Son dos direcciones que no están mutuamente reñidas, pero que solamente los maestros genuinos saben conciliar en un equilibrio creativo e incitante. El dominio casi omnisciente de sus materias, según testimonio de sus discípulos, asombra y quizá apabulla en la primera impresión, pero en el mismo instante suscita el entusiasmo, motiva a saber más, despierta la curiosidad intelectual e invita a seguirlo y a imitarlo. Es, pues, un suscitador de vocaciones por medio del diálogo abierto, franco y al mismo tiempo inquisitivo. Decir que su cultura es una casa abierta a todos es enunciar una verdad figurada y también una verdad literal, pues, como se recuerda en alguno de los discursos aquí recogidos, su vocación docente no está confinada a los muros de nuestro Claustro, sino que se prolonga a su hogar mismo, siempre abierto para continuar la conversación con estudiantes y colegas.

Me complace decir que me cuento entre quienes pueden dar testimonio vivo, en tanto colega y amigo de varias décadas, de los dones que hacen del profesor Carlos Gatti un miembro singular y destacado de nuestra Casa. A esos dones hay que añadir, como se ha dicho, su rica personalidad artística y, como parte de ella, su pasión por la música culta, de la que es profundo conocedor y un entusiasta promotor. Soy beneficiario directo de ese conocimiento y de esa viva cultura musical, una pasión que compartimos y que es un cimiento añadido a nuestra amistad.

De todo lo dicho quedan evidencias escritas en los discursos acopiados en esta publicación. Ella, como decimos, constituye un homenaje justo

y obligado a quien, ahora como profesor emérito, continúa siendo un miembro eminente de nuestra Universidad por su sola presencia, pero también por las numerosas vocaciones que ha fomentado en diversas generaciones de humanistas.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'S. Lerner Febres', with a long horizontal flourish underneath.

Salomón Lerner Febres
Rector emérito de la PUCP



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

CONSEJO UNIVERSITARIO

RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N.º 246/2018

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista la propuesta de nombramiento del licenciado Carlos Antonio Gatti Murriel como profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, presentada por el Jefe del Departamento Académico de Humanidades;

CONSIDERANDO:

Que el profesor Gatti ha cesado en el cargo de profesor asociado del Departamento Académico de Humanidades a partir del 9 de julio del 2016;

Que el profesor Gatti ostenta el haber cumplido con creces una prolongada y sobresaliente actividad docente de más de cincuenta años de duración en nuestra casa de estudios, gracias a la cual sus numerosos alumnos han venido recibiendo el cuantioso acervo de sus conocimientos y experiencia en los campos de la lingüística y la literatura;

Que, asimismo, la labor docente del profesor Gatti ha demostrado ser profusamente fecunda en el ámbito de la comunidad universitaria de nuestro país, por la actividad pedagógica que ha llevado a cabo en diversas universidades;

Que el profesor Gatti ha plasmado una trayectoria intelectual relevante por su virtuosa dedicación a los estudios clásicos e interdisciplinarios, lo que le singulariza como un memorable protagonista de la historia cultural del Perú contemporáneo;

Que, por lo expuesto, el profesor Gatti se ha ganado la personal estima de nuestra comunidad universitaria, y es merecedor de la gratitud de nuestra institución;

En conformidad con lo dispuesto en los artículos 7.º y 9.º y en la Primera Disposición Final del Reglamento del Profesorado, y en uso de las atribuciones que le confiere el inciso f) del artículo 83.º del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:


Nombrar profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú al profesor Carlos Antonio Gatti Murriel, en reconocimiento a su dedicación a la docencia universitaria en los campos de la lingüística y la literatura y a su perdurable contribución a los estudios humanísticos en nuestra casa de estudios.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 12 de septiembre del 2018



RENE ORTIZ CABALLERO
Secretario General



MARCIAL ANTONIO RUBIO CORREA
Rector

A Carlos Gatti Murriel

Francisco Hernández Astete

No me voy a referir a la brillante trayectoria académica de Carlos Gatti porque ese encargo lo tiene el profesor Wiesse y, además, estoy seguro que lo cumplirá con maestría.

De hecho no he sido su estudiante y aun cuando hemos coincidido por años como docentes en la Facultad de Letras, no hemos tenido la oportunidad de conversar largamente. Quizás, y él no lo sabe, el mayor acercamiento académico que hemos tenido fue cuando presentó el libro del *Centenario de la Sociedad Filarmónica de Lima*, el que siento mío.

Pero puedo decir que conozco a Carlos Gatti como conozco a los Incas, por testimonios indirectos. Esta vez no por los que me ofrecen los libros o los papeles de archivo, sino por los testimonios de muchas y entrañables personas que me han acompañado en la vida. Ellos, desde mis amigos de literatura del patio de Letras hasta mis ex jóvenes compañeros de aventuras inconfesables han hablado siempre del profesor Gatti con admiración, respeto y cariño.

Y es que, por ejemplo, en la época de la locura de los papers indizados, los rankings y demás, Carlos Gatti reivindica la más importante tradición universitaria, la del maestro generoso que guía y comparte su saber con sus estudiantes. Solo el hecho que todas las semanas, y desde hace décadas, se reúnan ilustres y variados personajes a leer a Dante bajo la dirección del profesor Gatti disfrutando de su hospitalidad, nos habla del verdadero maestro, del que trasciende las aulas y lleva a todos los espacios de su vida la esencia de la vida universitaria. Gracias a este círculo de lectura las vidas de muchos jóvenes titubeantes han encontrado un sentido. Mis amigos, me consta, se han convertido, bajo la tutela de Gatti, en excelentes profesionales y profesores. Por eso quiero imaginar lo que Dante diría tras asistir a alguna de estas reuniones: "Atento a su dicha, aquel contemplador asumió espontáneamente el cargo de maestro."

Tal vez, la razón por la que Gatti despierta admiración y respeto de colegas y estudiantes se deba a que entiende la docencia como una suerte de cadena eterna construida por maestros y discípulos dedicados a preservar el conocimiento. No puedo, ni debo, olvidar cómo mi amigo y colega Jorge Pérez, me contó que tendría el reto, y la felicidad, de asumir la cátedra de fonética que por años había ejercido Gatti. Lo vi trabajar durísimo y es sin duda hoy un gran profesor de fonética. Y es probablemente esa manera de garantizar la transmisión del conocimiento que tiene, qué duda cabe, múltiples ejemplos más, la razón del título de uno de sus libros “El eslabón del día” como uno de los versos de Salinas:

“Forjé un eslabón un día,
otro día forjé otro,
y otro.
De pronto se me juntaron
–era la cadena– todos.”
(Pedro Salinas)

Al decir de uno de mis amigos, una de las grandes cualidades de Gatti es la manera como entiende la autoridad –contra lo que mucho se difunde en nuestra sociedad– no se trata de una imposición a la fuerza o de un ente sancionador sobre la base de reglas que deben cumplirse. Para Gatti, “autoridad” significa “modelo a seguir”, es decir, quien tiene autoridad no necesita gritar ni imponer su poder porque sus actos lo han hecho un modelo a seguir que todos respetan. Su conducta lo modela y él se ha convertido en el ejemplo. De allí su autoridad, “autoridad” que viene de “autor” (“autoritas”: “auctor”, “factor”), es decir, “quien nos hace”, el que nos brinda el modelo a seguir y de alguna manera hace un poco de lo que somos o de lo que debemos ser. Por eso lo respetamos por él mismo. Gatti hace honor a la palabra “autoridad”, por eso siempre propuso en sus clases construir una *res publica* de la amistad, “una república de la amistad”, donde todos deberíamos beneficiarnos de las clases y no esperar solo recibir pasivamente, sino activarnos para también aportar a la clase.

Profesores como Carlos Gatti, que son pocos, pero son, son los que han forjado la universidad peruana. Por ello, como Jefe del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú tengo el honor y el privilegio de recibir en nuestro claustro a Carlos Gatti en el cargo que ha ocupado durante toda su vida: el de profesor extraordinario; esta vez como emérito. Bienvenido de vuelta a casa, profesor Gatti.

Laudatio

Jorge Wiese Rebagliati

Señor Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, señor Rector de la Universidad del Pacífico, señor Rector de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, distinguidas autoridades, colegas, amigos, amigas, señoras, señores:

Podría respetar más el género textual de la *laudatio*, que es el que corresponde a esta situación, y reseñar ampliamente las contribuciones de Carlos Gatti Murriel a su *alma mater*, la Pontificia Universidad Católica del Perú. Podría recordar con detalle sus méritos en la docencia y en la investigación (su labor en los Estudios Generales Letras y en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas; sus libros y artículos), su dilatado trabajo en el Instituto Riva-Agüero, el apoyo a las instancias de gobierno las veces que se le pidió hacerlo, como miembro del Consejo Universitario, como Director de Formación Universitaria o como integrante de la Asamblea Estatutaria.

No lo haré porque creo que las autoridades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, al concederle la distinción de profesor emérito, no han considerado solo estas contribuciones, reflejadas en su currículum y evidentes para quienes conocemos su trayectoria, sino que han pensado –con seguridad– en rendir homenaje a una persona a la que apreciamos como valiosa en su totalidad, considerada como tal aun antes de haberse probado en cualquier actividad ejecutiva.

Quiero empezar esta evocación de la persona, estas consideraciones sobre el profesor y el amigo, con una anécdota, con un “sucedido”, como diría Pedro Benvenuto –uno de los grandes amigos mayores de Carlos–, porque pienso que esta anécdota, este sucedido, puede revelarnos más de él que la fría lectura de una hoja de vida.

Podría haber ocurrido en la década de los años 80 del siglo pasado. Carlos invitó a su casa –la casa del jirón Quilca, en el centro de Lima– a

un grupo de alumnos de la Facultad de Letras. Serían cinco o seis. Con seguridad, Carlos tocó piano (Carlos es pianista, con estudios intensos y extensos de interpretación y teoría, cursados con María Ureta del Solar –alumna de Claudio Arrau– y con Graciela Vázquez Barreto). Luego, se conversó de un largo rango de temas, que iban de la tierra al cielo y regresaban.

Alguno de los invitados (o alguna de las invitadas, el punto no está totalmente aclarado) se puso a curiosear en la biblioteca. De pronto, encontró un libro voluminoso: la biografía de Giuseppe Verdi, por Carlo Gatti. Con estupor, con sorpresa, la chica o el chico le preguntó a Carlos si él había escrito el libro. Carlos le respondió con claridad: no lo había escrito. Agregó que Carlo Gatti es un famoso musicólogo italiano. Y que el libro que ella o que él tenía en sus manos fue en su tiempo –los años 50 del siglo pasado– la biografía de Verdi más autorizada.

Al día siguiente, la noticia corrió como reguero de pólvora en Letras: Carlos Gatti había escrito un tratado mecanografiado sobre la obra de Monteverdi. Y circulaba en fotocopias.

Carlo Gatti se había transformado en Carlos Gatti; Verdi (un músico del siglo XIX) en Monteverdi (un músico de los siglos XVI y XVII); la biografía, en tratado; y el libro, en manuscrito mecanografiado –que circulaba en fotocopias.

Podríamos hablar mucho acerca de las fantasías que los alumnos y las alumnas se crean sobre sus profesoras y sus profesores. En el sucedido que acabo de relatarles, esta fantasía puede ilustrarnos acerca de varios rasgos de la personalidad docente de Carlos Gatti. Como los mitos, que en muchos casos remiten a hechos e iluminan realidades fácticas.

En primer lugar, el que los alumnos creyeran que Carlos Gatti podía haber escrito un estudio sobre Monteverdi es casi como decir que Carlos es capaz de estudiar todo. La impresión puede haber surgido del hecho de haber estado expuestos al amplio espectro de conocimientos –tanto generales como de detalle– que Carlos prodiga en su conversación y en sus clases. Sabe, con seguridad

y solvencia, de geografía, de física, de astronomía, de acústica, de botánica, de anatomía, de fisiología, de química. Nunca le asustaron las ciencias. Y su claridad expositiva volvía sencillos temas que, para un estudiante de Letras lego en ciencias, podían aparecer intrincados o incomprensibles. Recuerdo que sus alumnos de Fonética, luego de un inicial *tsunami* de terror, se asombraban de sí mismos cuando entendían con claridad meridiana los fenómenos acústicos que Carlos les explicaba –a pesar de hacerlo con logaritmos.

A muchos de los que se han beneficiado de su trato nos sorprende la manera natural, completamente exenta de afán de lucimiento, con la que Carlos hilvana, en la conversación de todos los días, temas de ciencias, literatura, filosofía, teología, música y pintura. Bajando un día las escaleras del edificio Dintilhac, le explicó, con términos técnicos, a Alberto Escobar un fenómeno climático después de haber comentado un poema de Ungaretti y haberse referido también a la lenición céltica (un fenómeno fonético de historia de la lengua). Al llegar al primer piso, el lingüista sanmarquino lo miró de frente y le dijo: “¡Pero usted es un Leonardo!”

En segundo lugar, el que el descubrimiento bibliográfico haya ocurrido en su casa también apunta a una forma particular de asumir su condición de profesor. Carlos Gatti no limita su actividad docente a las aulas. Enseña siempre y en cualquier lugar. Y a veces uno puede sentir después de oírlo conversar que el nudo de un problema se desata o que una perspectiva nueva se abre paso en el aula, luego de la clase; en el pasillo de la universidad; en el *foyer* de un teatro; o en los momentos finales de una sobremesa.

En tercer lugar, el que los alumnos de Letras lo hayan visitado sin ningún otro propósito particular que el de conversar con él y oírlo tocar piano apunta a otros rasgos de su estilo docente: su gran capacidad de convocatoria y su irrestricta actitud de acogimiento. Su casa siempre está abierta y Carlos recibe con alegría a quienes quieran acercársele. Prodigamente el tiempo que no dedica a actividades lectivas regulares en la universidad a la formación de religiosos, a la promoción de las artes –su labor en la Sociedad

Filarmónica de Lima, de la que es miembro de la directiva, y a la vez, redactor de programas de mano que les dan la razón a los alumnos que lo ungieron como musicólogo solvente, es agradecida y reconocida por colegas y aficionados— y, sobre todo, a la animación, desde hace más de 35 años, de la lectura de la obra de Dante Alighieri —la *Lectura Dantis Limense*, acogida desde hace muchos años por la Universidad del Pacífico—, que ha generado obras de arte, estudios literarios y filológicos, y hasta cambios de orientación en vidas y en cursos universitarios. Todos son testimonios de una actividad rica y feliz, es decir —como le gusta repetir a Carlos— productiva, si atendemos a su etimología: *félix*, o sea, feraz.

Por todo ello, Carlos Gatti es, ciertamente, un profesor singular. Para muchos de nosotros su figura representa no solo a la persona que queremos ser, sino al profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú al que deberíamos tender. Y, por ello, a la encarnación de un ideal de universidad que nunca dejará de ser actual. Como lo señalan los Portocarrero y Paola Huaco en un libro reciente, la universidad contemporánea se encuentra solicitada por reclamos contradictorios, por dilemas aparentemente insolubles. Uno de ellos es el de la formación de especialistas opuesta a la educación de generalistas. Carlos parece, para formularlo en términos fonológicos, la neutralización de esa oposición. Como lo quería Ernst Robert Curtius hace casi un siglo, cuando definía al público de revistas como *The Criterion* de T.S. Eliot o la *Revista de Occidente* de José Ortega y Gasset, el universitario es un especialista con una actitud espiritual universalista. Es decir, alguien como Carlos.

En un clima académico como el actual, enrarecido por mediciones, certificaciones y ránking, Carlos encarna la gratuidad absoluta. Aquello que excede al número frívolo, al detalle impertinente, a la minucia deleznable. Con Carlos volvemos siempre a una universidad que —como la imaginaron (y la vivieron) Felipe Mac Gregor, José Agustín de la Puente, Armando Nieto, Luis Jaime Cisneros, Onorio Ferrero y José Antonio del Busto, con quienes Carlos trabajó directamente— pone los fines delante de los medios (Carlos nos enseña tantas veces como puede que el pecado consiste en la confusión de fines y medios.)

Ya a finales de los años 80 del siglo pasado, George Steiner, en su libro *Presencias reales* prevenía de la imposición del paradigma periodístico –ahora será el del márketing– en el mundo académico.

En un mundo de eficiencias instantáneas, ¿dónde está el espacio para la revista de vanguardia?, ¿dónde el lugar para la investigación que abrirá un nuevo campo de estudios de aquí a treinta años?, ¿dónde la sensibilidad demorada que exigen la reflexión filosófica, el poema, la oración? En un mundo de prestigios virtuales, ¿qué dejaremos a los que nos siguen de aquello que nos legaron los que nos precedieron? La casona centenaria, el archivo, la biblioteca son parte de nuestro acervo y –como la naturaleza– exigen de nosotros, como diría el papa Francisco, todo el cuidado con que debemos tratar la casa común. No cuidar nuestro pasado o nuestro presente concreto, material, compromete nuestros futuros. También los virtuales, que no tendrán de dónde nutrirse.

En un mundo de acción sin reflexión y de especialización sin profundización, poco sentido parece tener la idea de universidad que proponía el cardenal Newman –cuya canonización es inminente– cuando sostenía que la universidad es un lugar donde se enseña el saber universal. Y en libertad absoluta (frente a estandarizaciones impuestas por la moda, el mercado, la pereza o la alienación).

Sin desmerecer ningún válido y legítimo instrumento de medición, de evaluación, de política educativa, quiero interpretar el profesorado emérito con que la Pontificia Universidad Católica del Perú distingue a Carlos Gatti Murriel como el reconocimiento a quien excedió toda medida con la donación de su saber, de su gusto, de su imaginación, de su memoria, de sus tiempos y de sus espacios a sus alumnos y a sus colegas. Con ello, las autoridades de nuestra casa de estudios reafirman la más pura esencia de la condición universitaria, su condición propiamente universal, comunitaria, de *Universitas Studiorum* formulada por Alfonso X el Sabio en las *Siete partidas* al decir que nuestra institución es un “ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes”. Y nos ponen a Carlos delante de nosotros, sus alumnos y sus colegas, para que

lo sigamos y avancemos juntos en esta voluntad y entendimiento de aprender los saberes, aunque sepamos que también en esto nos excederá y nunca podremos caminar a su paso.

Muchas gracias.

¡Muchas gracias!

Carlos Garatea Grau

Señores rectores, señor Jefe del Departamento de Humanidades, estimados colegas, querido Jorge, querido Carlos.

Como saben, una autoridad universitaria debe participar en muchas ceremonias protocolares; debe cumplir con rituales, a veces, debe intervenir en ceremonias cuyos motivos le resultan lejanos o extraños; son tantas las ceremonias que parecen repetirse o ser la misma que se prolonga. En el poco tiempo que llevo como rector, esta es la primera ceremonia en la que tengo el honor de dirigirme a un profesor mío; es la primera vez que comparto la emoción de una comunidad, la de mis colegas de humanidades, con alguien que fue mi profesor y de cuyas clases conservo los mejores recuerdos.

Carlos Gatti fue mi profesor en el curso de Fonética al que se ha hecho referencia en la intervención de Jorge: un temido curso de Fonética. En esa época dudaba si continuaba estudiando derecho o me dedicaba a la Lingüística. A pesar de los temores y de las dudas, creo que Carlos junto con Luis Jaime Cisneros me ayudaron a tomar conciencia de que mi vocación no era el Derecho.

El segundo curso que llevé con Carlos fue un inolvidable curso de Literatura italiana, un curso al que asistí –prácticamente– a todas las clases. Recuerdo bien que algunas sesiones las hicimos a oscuras; era época de apagones, de atentados; la luz se iba con frecuencia a partir de las 5 o 6 de la tarde; sin embargo, más de una vez nos quedamos escuchando recitar al profesor Gatti en italiano. Lo hicimos una, dos, tres veces; en alguna ocasión un compañero asistió sabiendo que en cualquier momento se iba la luz; cuando se impuso la oscuridad, sacó unas velitas que repartió a todos, las encendimos y continuamos la clase. Todos estos cursos me hicieron apreciar mucho a Carlos; me hicieron apreciar su generosidad, su calidad de profesor, de maestro y de persona.

Con independencia de las tendencias entre las que oscila la vida universitaria en la actualidad, Carlos es un maestro. Son pocos los maestros que tenemos hoy en la universidad peruana. Carlos es uno de ellos. Carlos es uno de esos profesores que acoge a todos los que se acercan a él; los recibe con generosidad, brindando sus conocimientos, su erudición, con sencillez y calidez. Son cualidades por las que debemos darle siempre las gracias.

Que Carlos sea nombrado profesor emérito del Departamento de Humanidades expresa con absoluta claridad que quienes integramos el Departamento de Humanidades lo queremos siempre con nosotros. No lo vamos a dejar ir, lo apreciamos mucho; él forma parte de esa larga y fructífera tradición nuestra de ser una universidad comprometida con la formación humanista, con la formación integral y sobre todo con la formación de personas íntegras. Creo que un profesor así, como Carlos Gatti, no solo merecería ser profesor emérito; merece que le manifestemos de manera espontánea y sincera nuestro reconocimiento, nuestra amistad y le expresemos, sin medias tintas, nuestra gratitud.

Dicho esto, entenderán por qué, para mí, esta ceremonia ha resultado particularmente distinta de todas a las que he asistido en las últimas semanas. Estoy muy orgulloso y muy contento de tener la oportunidad de recibir al profesor Carlos Gatti como profesor emérito del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

¡Muchas gracias!

Palabras de agradecimiento

Carlos Gatti Murriel

Señor Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, señor Rector de la Universidad del Pacífico, señor Rector de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, distinguidas autoridades, queridos amigos presentes en esta sala:

Debo y quiero expresar mi vivo reconocimiento a la Pontificia Universidad Católica del Perú por la gracia de haberme concedido el honor de nombrarme profesor emérito del Departamento de Humanidades y por haber convocado a este acto académico en el que participo con honda emoción.

Para mí este no es un simple acto o un evento, palabra de uso extendido hoy; para mí esta reunión es un “acontecimiento” por la importancia que reviste. Este viene a sumarse a una larga cadena de acontecimientos que me atan con amor a esta casa, mi *alma mater*.

Hace sesenta años, sí, fue en 1959, comencé mis estudios en la Facultad de Letras. Parafraseando a Dante Alighieri, podría decir que ese gran acontecimiento está registrado en el libro de mi memoria con grandes y destacados caracteres que dicen: “INCIPIT VITA NOVA” (Comienza la Vida Nueva). En efecto, en el antiguo local de la Plaza Francia empezó para mí una vida nueva forjada en el contacto con grandes maestros dispuestos a servir a los pequeños como yo para hacerlos crecer y emprender el hermoso camino de la vida en busca de verdad, bondad, belleza y justicia. Entonces me sentí acogido e incitado a volverme productivo, “felix”; es decir, empecé a sentir la urgencia de vivir para lo que los latinos entendían por “felicitas” (felicidad): tanto la condición de feracidad o productividad, como la dicha que tal feracidad genera.

Cuando ingresé, José Agustín de la Puente era el decano de la Facultad. Él acogía y se interesaba por la suerte de los adolescentes

recién ingresados, entre los que estaba yo con el ligero peso vital de mis 16 años. Luis Jaime Cisneros me formó en el Seminario de Filología del Instituto Riva-Agüero desde ese lejano año de 1959 y fue perfilando mi vocación.

En 1962, Onorio Ferrero me invitó a trabajar como instructor de su curso de Historia de la Cultura conduciendo a cuarenta alumnos con los que leía semanalmente *La Eneida* de Virgilio. Al año siguiente, Antonio del Busto me convocó para participar en el dictado del curso de Pre-Seminario, tarea que compartí con Salomón Lerner (por el área de Filosofía) y Jorge Rosales (por Historia). Así empezó mi carrera docente, eje y amor de mi vida. Entonces no podía imaginar una existencia dichosa fuera de las aulas y de los patios de Letras. En ello tuvieron parte mis maestros, los amigos, las amigas, y los alumnos y alumnas con los que compartí tan bellas experiencias.

Gracias José Agustín, Luis Jaime, Onorio, José Antonio. Gracias Enrique Carrión por tus lecciones y por haberme ayudado a ver con claridad mi vocación docente al compartir conmigo el dictado de tu asignatura de Literatura Medieval Española. También hubo otros docentes a los que debo especial gratitud: Armando Zubizarreta, José Miguel Oviedo, Bruno Roselli, Gred Ibscher, Purificación Estébanez y tantos más.

Mi vínculo de amor con la PUCP se enriqueció con el desempeño de tareas adicionales a la docencia. En 1967 inicié labores administrativas gracias a la confianza depositada en mí por José Agustín de la Puente, quien me propuso asumir la Secretaría del Instituto Riva-Agüero. Después, en 1973, por iniciativa del padre Felipe Mac Gregor, me incorporé al Consejo Ejecutivo, como entonces se llamaba el actual Consejo Universitario, tarea que desempeñé durante cuatro años y ocho meses. Allí pude ampliar mi visión y mi compromiso con esta institución que me ha querido mantener ligado a ella mediante la distinción que hoy me otorga formalmente.

En esta universidad fui forjando día a día el rumbo y el sentido final de mi vida. Hoy experimento una gran emoción por el honor que aquella me concede al investirme como profesor emérito, lo que me permite

seguir sintiéndome en casa. Y, curiosamente, ello sucede en el año en el que se celebran las Bodas de Diamante del ingreso de mi promoción a este prestigioso claustro.

Hoy, en el atardecer de mi vida, debo dejar constancia de mi gratitud a mis compañeros y compañeras de la ruta estudiantil y docente vivida en la Facultad de Letras. Permítanme recordar a José Luis Rivarola y a Alberto Hernández, por mencionar solo a los que ya no están con nosotros.

También quiero evocar especialmente a mis alumnos y mis alumnas: ellos y ellas me han permitido tanto ser feliz en los diversos tiempos que he ido viviendo en el pasado, como albergar esperanza en el futuro que ellos sabrán construir para el bien de la Universidad y de nuestro país desde los cargos que desempeñan hoy y desempeñarán mañana.

En la antigua Roma Imperial, los veteranos legionarios de las guerras cántabras merecieron el honor de establecerse en la ciudad de Emerita Augusta (la actual Mérida, ubicada en la región de Extremadura). Ahora yo, un veterano de la milicia docente, gozo del privilegio de ser generosamente distinguido por nuestra querida institución con el título de profesor emérito. Quiero creer, y lo diré parafraseando al gran poeta Antonio Machado, que aquí aprendí a tejer el hilo que la vida y la gracia me dieron, aquí me empeñé en “soñar nuestro sueño”, y, de ese modo, colaboré modestamente para que se obrara “el milagro de la generación”.

Deseo concluir expresando mi profunda gratitud a todos los profesores y profesoras del Departamento de Humanidades que tuvieron la generosidad de proponer y promover este reconocimiento con el que mi *alma mater* me honra. Ella me nutrió, ella me indujo a crecer, hasta llegar a lo que pude, en relación acertada con el mundo. Ahora me distingue.

Autoridades, compañeros, amables asistentes, a todos les digo: ¡Gracias por la gracia con la que me regalan y me enriquecen!



En el Auditorio de Humanidades, el martes 1 de octubre de 2019, los profesores (de izq. a der.) doctor **Jorge Raúl Wiese Rebagliati**, profesor del Departamento Académico de Humanidades; **Carlos Antonio Gatti Murriel**, profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades; doctor **Carlos Garatea Grau**, rector de la Universidad; doctor **Francisco Hernández Astete**, profesor principal y jefe del Departamento Académico de Humanidades; y magíster **Daniel Soria Luján**, secretario general (e) de la Universidad.

Testimonios

Mucho más que un profesor

María Fernanda Alvarado Icaza

Como exalumna y amiga de don Carlos Gatti Murriel quiero expresar mi gran alegría y satisfacción por su nombramiento como profesor emérito del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, distinción que considero más que merecida.

Durante mis años como alumna y jefa de prácticas en nuestra *alma mater*, además de participante en diversas actividades celebradas en el Instituto Riva-Agüero, he sido testigo y he salido beneficiada de su admirable labor docente. Pero eso, que ya habría sido mucho, no es todo.

Quiero resaltar asimismo su calidad humana, su capacidad de vernos a nosotros, sus alumnos y alumnas, como personas y no solo como depositarios de conocimientos, su generosidad al brindarnos su amistad y permitirnos compartir muy buenos momentos en torno a algún texto, a la música o a una buena mesa, enriqueciendo así todavía más nuestra vida.

Muchas gracias por todo, querido Carlos.

Carlo Gatti

Nicola Bottiglieri

Conocí a Carlo Gatti hace unos siete u ocho años en Roma, con Jorge Wiese, en ocasión de un congreso donde habrían de hablar de Dante Alighieri y de la *Divina Comedia*. Me sorprendieron varias cosas: la elegancia y amabilidad, la competencia sobre el tema, la generosa locura que lo llevaba a leer desde hacía años un canto de la *Comedia* a la semana a sus amigos de la poesía.

Unos años después lo invité, junto a su compañero de viaje, a la Universidad de Cassino donde yo enseñaba. Fueron en un tren regional que para recorrer 130 kilómetros normalmente tarda dos horas; aquella vez, debido a una inesperada nevada, los trenes sufrieron mucho retraso. “Vuestra visita a Cassino es un acontecimiento tan excepcional que el cielo lo ha deseado bendecir con la nieve”, dije. “Se tarda más de Roma a Cassino que de Cuzco a Machu Picchu”, me contestó Carlo riendo.

Dio una clase sobre el mito de Ulises en la *Divina Comedia* y, mientras hablaba, comprendí algo de su personalidad: era un Ulises americano.

Italia, país a donde iba casi todos los años, era aquella Ítaca imaginaria desde donde el barco de Ulises había emprendido su viaje para arribar al límite extremo del mundo. Vivía la feliz contradicción de ser europeo y americano al mismo tiempo, forastero y oriundo que vivía en el centro y en los márgenes de la cultura europea. El centro de su personalidad era, indudablemente, el viaje. Esta constatación hizo que me encariñara con Carlo Gatti y que lo considerara una persona especialmente interesante.

Nos volvimos a ver dos veces en Perú donde conocí a su familia, a sus amigos y pude constatar el respeto y la consideración que lo rodeaban.

Me alegré mucho al saber del reconocimiento que le concedió la Universidad Católica y espero verle pronto, en Italia o en Perú, con

Jorge, y poderles declamar los primeros cuartetos de un soneto de Dante dedicado a la amistad.

Carlo, quisiera que tú y Jorge y yo/ fuésemos tomados por encantamiento/ y puestos en un bajel que a todo viento/ por el mar navegase a voluntad vuestra y a la mia;// de modo que la borrasca o el mal tiempo/ no representase impedimento,/ más bien estando siempre de acuerdo,/ se acrecentase el deseo de estar juntos.

*Carlo, i' vorrei che tu Jorge ed io
fossimo presi per incantamento
e messi in un vasel, ch'ad ogni vento
per mare andasse al voler vostro e mio;*

*sì che fortuna od altro tempo rio
non ci potesse dare impedimento,
anzi, vivendo sempre in un talento,
di stare insieme crescesse 'l disio.*

Carlos Gatti y la Música Clásica

Federico Camino Macedo

Desde hace años los asistentes a los conciertos que organiza la Sociedad Filarmónica de Lima tenemos, en cada función, una cita triple: con los compositores, con los intérpretes y con Carlos Gatti.

Él es el encargado de redactar, en los magníficos programas que se distribuyen al inicio de cada concierto, la información sobre las piezas que se tocarán esa noche. Es un verdadero placer leer las explicaciones sobre cada obra, precedidas por un pertinente esbozo biográfico del compositor.

En lo que a mí respecta, ya forma parte de un placentero ritual el llegar temprano a la función, para poder leer con calma las explicaciones y comentarios que facilitarán una mejor apreciación de lo que se va a escuchar.

Su vasto conocimiento de la teoría y técnicas musicales así como del universo de cada compositor presentado, le permite tener una penetrante comprensión de las piezas estudiadas y hacer así partícipe a los asistentes de los matices y riqueza de lo que está escuchando. Sus pocos juicios de valor son siempre atinados y mesurados, pero no ocultan su entusiasmo por determinados compositores o piezas o incluso épocas de la historia de la música. En esas presentaciones se percibe el gozo y pasión de Carlos Gatti por la música y por la redacción de esos informes, que además son expresión de su generosidad de maestro al compartir con nosotros su erudición y sensibilidad.

En un lenguaje accesible al profano en música clásica, Carlos Gatti presenta y explica las características esenciales de cada pieza, vinculándola a otras obras del compositor y muchas veces situándolas en la historia de la música. Esas explicaciones y comentarios surgen de un conocimiento de primera mano de cada pieza y de una peculiar e inteligente sensibilidad musical en sus apreciaciones.

Cada programa es un joya de crítica musical, verdaderos ensayos que se convierten en un panorama de la música clásica en sus más insignes representantes; al cabo de un año, es un pormenorizado recuento de las actividades de la más que centenaria Sociedad Filarmónica de Lima, a cuyo directorio pertenece Carlos Gatti.

Junto a sus conocidas y justamente celebradas “Lectura Dantis” que desde 1984 reúne, todos los viernes de cinco a siete, a entusiastas lectores de Dante, hay que situar y también celebrar y agradecer su contribución a la importante labor de difusión cultural que significa la programación anual de los conciertos de la Sociedad Filarmónica de Lima, que tan excelentemente preside Salomón Lerner Febres.

Para terminar no debo silenciar el que Carlos Gatti es un talentoso pianista cuya modestia le impide difundir esa habilidad, contentándose con cultivar su excelencia interpretativa para su propia y legítima satisfacción.

La alegría de la amistad

Giuliana Contini Pigatti

*Qué coraje se necesita para sostener
la esperanza de los hombres*

Luigi Giussani

Es el coraje de quien, viendo más allá de lo inmediato, reconoce en cada ser humano, la semilla de una grandeza irreductible y apuesta todo en ese “milagro de su generación” que es educar, el “hermoso riesgo de educar”.

Siendo la docencia la “compañera inseparable de la lectura y de la escritura”, Carlos enseñaba siempre, comunicando con naturalidad, en toda circunstancia –incluso gozando de la buena mesa– sus inagotables y, para nosotros comunes mortales, asombrosos conocimientos.

Las palabras pronunciadas en ocasión de la distinción recibida por la PUCP lo documentan de forma inequívoca y conmovedora y, mientras expresan su deuda de gratitud hacia sus maestros, revelan su propio ideal de docencia: encontrar “grandes maestros”; “servir a los pequeños y hacerlos crecer”; “emprender el hermoso camino de la vida en busca de verdad, bondad, belleza y justicia”.

Es justamente lo que he experimentado personalmente en la amistad con Carlos y, como docente de esa joven y pequeña universidad (“pero no de ficción” como tuvo la magnanimidad de decirnos L.J. Cisneros) que es la Universidad Católica Sedes Sapientiae.

Junto con mis colegas y alumnos he podido gozar, en varias ocasiones, de la anchura y profundidad de sus conocimientos y de su generosa disponibilidad a compartirla con otros, con esa naturalidad que anula las distancias. Y fue quizá esta característica la que, al ser invitada como docente italiana de la UCSS a participar con una ponencia en la importante celebración dantesca *Voces y ecos*, me llevó a aceptar sin

ninguna duda, cierta que sobre ese tema, y como italiana, no podía, en la comparación, sino salir airosa. Y fue así que empezaron las sorpresas y, obviamente ¡la admiración!

Pero como la amistad es una reciprocidad, en ese intercambio mutuo que implica, algo he puesto de mi parte: no solo las “gustosas” ocasiones de gozar de la cocina italiana, sino el deseo apasionado que, a través mío, Carlos pudiera conocer y apreciar a ese genial e incansable educador que es Luigi Giussani y ¡creo haberlo logrado! Me lo confirma esa palabra, “acontecimiento”, repetida y destacada con énfasis en su discurso.

“Acontecimiento”: una palabra que indica ese asombro agradecido frente a la realidad que se experimenta cuando inteligencia y afectividad han sido alcanzados por Algo más grande. Así “incipit vita nova”, una vida atraída por el anhelo de la verdad, la justicia, la belleza, la bondad.

¡Gracias, Carlos!

Líneas de agradecimiento

Eleonora María Falco Scheuch

Con gran entusiasmo recibí la noticia del honor que le concedía la Universidad Católica a Carlos. Llegarían el propio día, en tiempo real, fragmentos de la ceremonia y luego fotos, textos de los discursos pronunciados, vídeo del homenaje y breves mensajes de WhatsApp enviados por testigos orgullosos de que su maestro fuera nombrado profesor emérito del Departamento de Humanidades. El 1º de octubre, muy lejos de Pando, dos alumnas de fines de decenio del 70 celebramos en Viena ese nombramiento en el lugar que nos pareció más indicado, a saber, la Biblioteca Nacional de Austria, en Josefsplatz, en el primer distrito. María Fernanda Alvarado y yo no solo habíamos sido alumnas de Carlos en la facultad sino también becarias un año en Madrid del Instituto Riva-Agüero. Tras estudios de posgrado de traducción, esa es la profesión a la que nos dedicamos en Austria.

No hay ocasión en la que estemos en Lima en la que no nos reunamos con Carlos, al que rodean siempre el afecto y agradecimiento de los alumnos que pasaron a ser amigos. Y es que nadie ha tenido como Carlos la generosidad de espíritu de invitar a sus alumnos, año tras año, a formar parte de un círculo de amigos unidos por solidísimos vínculos. Recuerdo la forma en la que comenzó a crearse confianza en cenas en chifas en el jirón Camaná en las que la alumna descubría sorprendida que el profesor sabía exactamente lo que pensaba y tenía una solución para cada duda: lo había visto todo con anterioridad en otros grupos de jóvenes. Con la misma soltura con la que dibujaba en una hoja los Cárpatos que el Danubio separa de los Alpes, podía cartografiar, adivino, la manera en la que los estudios literarios dejaban su huella en la experiencia de los alumnos. Pocos entre los que han tomado a los 21 años el curso de Poesía Española Contemporánea –Guillén, Machado y Salinas–, o el de Literatura italiana –Bassani, Buzzati y Lampedusa– siguen concibiendo el mundo como lo hacían meses antes. Y nadie se sustrae a la mágica atracción que ejercen la lengua, literatura, arte,

historia y geografía de España e Italia. En cada ciudad italiana que he visitado en estos últimos años, para suerte mía muchas, doy los primeros pasos como si por sobre el hombro me mirara Carlos, que seguro sabe de memoria en qué esquina tengo que doblar para llegar al monumento que estoy buscando.

Mi agradecimiento por su guía no tiene límites, tampoco mi alegría al ver al profesor honrado con la distinción de emérito.

Carlos, maestro y amigo fraterno

Ricardo González Vigil

Carlos Gatti ha sido mi primer maestro universitario y el que frecuenté con mayor asiduidad y provecho en mis años de estudiante. Es decir, también el primero cualitativamente hablando, y no solo cronológicamente, en dedicación continua a mi formación académica y, en general, humanística, así como en compenetración espiritual con esa etapa decisiva de mi aprendizaje de artista adolescente y de florecimiento de mi pasión por la enseñanza, la crítica literaria y la investigación filológica.

Bien que me acordaba de él (desde 1955 los hermanos González Vigil caminábamos por la Av. Wilson en dirección al Colegio Recoleta, y en la vereda del frente hacían otro tanto los hermanos Gatti Murriel) al enterarme que sería mi profesor de Literatura, cuando ingresé a la Universidad Católica en 1966. El día que me dictó la primera clase, tomó la iniciativa de acercármese en el patio para confirmar si provenía de la Recoleta y había sido condiscípulo de su hermano Aldo.

Pocos días después, mi flamante amigo Alberto Flores Galindo me animó a inscribirnos en el Seminario de Historia, del Instituto Riva-Agüero. En dicho instituto Carlos laboraba todos los días y pronto le confié que me interesaba la historia, pero mucho más la literatura; lo que pasaba es que me cohibía Luis Jaime Cisneros, aparte de que no me atraía especialmente el tema que enfocaba en el Seminario de Filología: Góngora (después me fascinaría, por cierto). Alertado por Carlos, Luis Jaime me citó a una cafetería de la Galería Boza y me reclutó; mejor dicho, me adoptó como padre de mi formación intelectual. Claro que contando con el complemento magnífico de Carlos, porque Carlos supo ser un extraordinario hermano mayor con el que compartíamos lo que Goethe llamó "afinidades electivas": amor al idioma, la creación literaria (Dante al centro), cine (nuestra película favorita: "8 ½" de Fellini) y la música (dotado pianista, Carlos dominaba los conciertos de Mozart); unido a ello, el catolicismo neotomista (le debo la amistad con Pedro Benvenuto Murrieta).

Carlos Gatti Murriel: humanista por esencia

Margarita Guerra Martinière

Conocí a Carlos desde que era estudiante de Secundaria. Era un adolescente con el sello *recoletano* de su colegio, donde las Humanidades tenían un lugar privilegiado, especialmente la Geografía, la Literatura y el Arte.

La amistad surgió pronto, cuando ingresó a la Universidad y se integró a un grupo donde eran muy valoradas estas disciplinas. Había en común también la admiración por Francia y los países mediterráneos, en especial Italia, por su ascendencia familiar y la presencia de profesores italianos como Bruno Roselli y Onorio Ferrero, especialmente el segundo cuya figura era habitual en el patio de Letras.

Carlos estudiaba piano y más de una vez consentía en hacernos partícipes de su virtuosismo, en su casa o en la mía. Fueron tiempos en los que vivíamos relativamente cerca del *alma mater* de la Plaza Francia y podíamos caminar hacia nuestras casas, o para hacer el circuito entre la Facultad, el Instituto Riva-Agüero y los respectivos domicilios ubicados entre las avenidas La Colmena, Bolivia y República de Portugal cruzando Alfonso Ugarte. Eran tiempos en que se transitaba libremente por las calles limeñas. Se podía ir al cine, a conciertos en el teatro Municipal, a tomar algún refrigerio en algunos salones de té del centro histórico o en las casas. Este grupo giraba en torno a la acogida siempre generosa del doctor Pedro Benvenuto, quien ganado por la Universidad del Pacífico se llevó allí a sus discípulos.

Al pasar los años, las nuevas ocupaciones interrumpieron nuestras reuniones, pero Carlos incrementó sus aficiones artísticas. El Instituto Riva-Agüero siguió siendo por un buen tiempo el lugar de encuentro de los antiguos estudiantes, luego vinieron los viajes al extranjero. Rosa Luisa Rubio partió a Estrasburgo, Alberto Hernández a Alemania, José Urrutia se hizo diplomático y Carlos Gatti, captado por la Universidad del Pacífico, desarrolló –y todavía desarrolla– sus

estudios sobre Dante, llevados a una altísima erudición, juntamente con su discípulo Jorge Wiese.

Carlos no cayó seducido por un doctorado extranjero. Eligió su autoperfeccionamiento y llegó a una especialización exquisita en literatura italiana, con prestigio internacional. Es uno de los casos en los cuales un doctorado no le agregaría nada a su amplísimo dominio del tema.

Paralelamente a su cultivo intelectual va su formación religiosa y, contrariamente a lo que suele ocurrir con quienes profundizan en ciencias que terminan interfiriendo en sus vivencias religiosas y en su búsqueda de la Verdad suprema, Carlos ha encontrado la conexión íntima entre la espiritualidad católica, el conocimiento humanista y su vocación de servicio al prójimo.

El maestro y su piano

Armando Guevara Gil

Hace décadas nuestro hermano mayor nos contaba que un profesor de su universidad había mandado romper el frontis de su casa para colocar un piano de cola en su sala. Como nuestra otra hermana nos decía que en la plaza San Martín, camino a la misma universidad, había visto pulgas amaestradas, los tres menores llegamos a la conclusión de que exageraban o que en ese lejano centro de la ciudad ocurrían cosas extrañas.

Quién diría que años después, gracias a mi incorporación al Instituto Riva-Agüero, iba a conocer a ese profesor y comprobar que mi hermano no había exagerado ni mentado (es probable que mi hermana sí, pero en Lima nunca se sabe). En verdad, como entendí después, esa solo era una pequeña muestra del amor que Carlos Gatti Murriel tiene por la música, las artes, la literatura y, en general, el conocimiento. Su curiosidad e inteligencia le permiten navegar entre las ciencias y las letras con una naturalidad asombrosa. Y eso gracias a que les ha consagrado su vida con talento y perseverancia inigualables. Es un humanista a carta cabal, erudito, generoso y modesto como los que realmente saben y comprenden que el conocimiento solo tiene sentido si se usa para crear comunidades que lo recrean, enriquecen y proyectan a las siguientes generaciones.

Por eso es natural que Carlos haya dedicado su vida a la docencia. Es un maestro a carta cabal. Comparte con desprendimiento y sin pretensiones, de manera discreta y amable, todo lo que sabe. Sus amigos, alumnos e interlocutores siempre nos quedamos maravillados por la vastedad de su conocimiento e inquietudes y aprendemos disfrutando (que me perdone el gerundio), una experiencia plena, grata y aleccionadora.

Fui alumno de Carlos en Estudios Generales Letras y en un seminario de redacción que ofreció junto con Jorge Wiese en el Instituto Riva-

Agüero. Sus clases de Literatura eran magistrales y fascinantes. Al terminarlas, algunos solo atinábamos a rodearlo para seguir escuchándolo y cuando se retiraba seguíamos conversando sobre la lección. Además, también eran muy útiles. Cuando llevé el seminario, por ejemplo, estaba empezando la redacción de mi tesis de bachillerato en Derecho y gracias a sus enseñanzas me embarqué en esa azarosa tarea con más solvencia y fluidez. No sé cuántos miles de alumnos hayan pasado por sus clases, pero sí sé que esa experiencia ha sido decisiva para ellos. Muy pocos profesores les han ofrecido tanto con tanta naturalidad y amor por el conocimiento.

Por cierto, Carlos no solo es un maestro dentro del aula. Cada conversación con él es una lección de vida. Acompañarlo en sus viajes al Cuzco, por ejemplo, fue una experiencia fascinante porque templos, ruinas, plazas y calles cobraban vida y sentido gracias a su conocimiento de la arqueología e historia andina.

Solemos decir que en el Perú carecemos de grandes hombres. Los tenemos, lo que pasa es que no sabemos identificarlos. Confundimos grandeza con grandilocuencia. Y nada más alejado de Carlos que la pomposidad. Pero él es, sin duda, un gran maestro y una gran persona a quien siempre le estaré agradecido por su amistad y enseñanzas.

Carlos Gatti para siempre

César Gutiérrez Muñoz

La primera vez que lo vi fue en el pequeño y antiguo Patio de Letras de la Universidad Católica, que quedaba en la plaza Francia y era llamado por los mayores como 'El Anexo'. Fue en abril de 1963, cuando se iniciaron las clases, novedosas y misteriosas para un cachimbo, que el año anterior había egresado del Colegio Militar Leoncio Prado, con golpe de estado incluido. Entonces Carlos ya era instructor, a los veinte, y asistía a notables maestros que en su momento también fueron los míos.

El tiempo hizo lo demás, hasta ahora. Una amistad cuajada y, desde lo que siento, una creciente admiración porque Carlos es una persona íntegra y, por sus amplios conocimientos y quehaceres, un gran humanista. Tan solo es preciso cambiar unas palabras con él para saber de su trascendencia en todo sentido.

Cuando me enteré de que se le distinguía como *profesor emérito* me emocioné mucho. El mismo día de la ceremonia –el 1 de octubre de 2019–, muy temprano, le escribí este correo que aquí ratifico: *No sabes cómo me alegra saber que dentro de unas horas nuestra PUCP reconocerá no solo el inmenso bien académico y administrativo que has hecho por ella, sino, sobre todo, lo que eres y significas en ella: un símbolo real y luminoso que ya supera las cinco décadas de estrecho vínculo universitario. No basta estar en la PUCP, es preciso vivirla como tú mismo la viviste. Desde el patio de Letras en la plaza Francia y el Instituto Riva-Agüero hasta el campus de Pando. Sin duda, una vida enriquecedora para todos los que en un momento te rodeamos y ahora seguimos cerca de ti con el cariño, la admiración y la gratitud que no dejamos de manifestarte.*

Afortunadamente, tenemos en Carlos a un muy apreciado y queridísimo amigo para siempre.

Carlos Gatti y sus conferencias magistrales

Efraín Kristal

Hace pocas semanas leí con emoción el discurso que Carlos Gatti Murriel leyó cuando aceptó el cargo de profesor emérito que la Universidad Católica le otorgó el 1 de octubre de 2019. En ese discurso Carlos menciona que su relación con la Universidad Católica comenzó el año 1959, que fue el de mi nacimiento. Parte de mi emoción proviene del hecho de que sin haberlo advertido por más de cuarenta años, yo ya había aprovechado sus enseñanzas cuando era niño. Mi madre empezó sus estudios de Letras en la Católica cuando yo tenía ocho o nueve años de edad, y los nombres que Carlos Gatti evoca en su discurso, entre ellos Antonio del Busto, Salomón Lerner, José Miguel Oviedo pero también el suyo, eran nombres que se evocaban en mi hogar, ya sea a la hora de comer, cuando mi madre regresaba de sus clases, o cuando recibíamos visitas en casa de los estudiantes de esa época, lo que sucedía con frecuencia.

De niño recuerdo que se hablaba en casa de Virgilio, de Dante, de la teología de Santo Tomás, de la poesía de César Vallejo, de Freud, y de la historia y arqueología peruanas. Meses después de que cumpliera los once años, mi familia se trasladó a los Estados Unidos y fue solamente hace unos diez años –gracias a nuestro amigo común, Alonso Cueto– que tuve la dicha de conocer a Carlos Gatti. Al empezar la conversación él me sorprendió con recuerdos muy precisos de mis padres, y algunos minutos más tarde me di cuenta con claridad hasta qué punto todo un horizonte cultural que forma parte esencial de mi propia formación intelectual le tenía una gran deuda a Carlos. En California, por ejemplo, yo leí a Virgilio y a Dante en castellano, en las ediciones que mi madre había conseguido cuando estudiaba en la universidad, y que sin duda correspondían a las charlas y conferencias de Carlos Gatti en la década de los años sesenta.

Después de conocerlo, he tenido la dicha de haberle escuchado dictar conferencias magistrales en Lima, de haberle visto dirigir alguna

sesión de la Lectura Dantis con Jorge Wiese en la que trabajó a fondo algunas estrofas de la *Divina Comedia*, y haber leído sus magníficas publicaciones sobre literatura y música. Es evidente para mí que la literatura y la música han nutrido la vida de Carlos Gatti, pero es aún más evidente que su capacidad para transmitir su entusiasmo por la cultura, y sus impresionantes conocimientos, han enriquecido las vidas de varias generaciones de intelectuales del Perú. Mi propia experiencia indirecta cuando era niño, y directa desde que tuve la dicha de conocerlo, es solamente un modesto indicio de su generosidad.

Gatti y Dante, amigos en la PUCP

Luis Landa Rojas

Un lunes de mediados de agosto de 1997, los jóvenes estudiantes de Lingüística y Literatura de entonces esperábamos recostados contra las barandas del segundo piso de Estudios Generales Letras a nuestro profesor Carlos Gatti para iniciar el curso de Literatura italiana. Algunos de nosotros ya lo habíamos valorado como el irremplazable docente en nuestro curso de Fonética; conocíamos y admirábamos su didascalia: ningún otro profesor habría podido aproximar la compleja y lejana fonética hacia nosotros como él. Por lo tanto, aquel lunes suponía el reencuentro anhelado con nuestro querido profesor en un curso de literatura, pero nadie podía prever con certeza que ese día marcaría el comienzo de su transformación en nuestro Maestro y, particularmente, significaría el comienzo de nuestra amistad. Aquella tarde –su inamovible horario comenzaba a las 5 p.m.–, recuerdo que, desde lo alto, en contrapicado, lo vimos bajar de un auto negro, en el estacionamiento de Letras, desde donde caminaba con elegancia junto a Jorge Wiese hacia nuestros salones.

Se suele mencionar que los primeros minutos de una clase resultan fundamentales para sellar la posible relación entre el profesor y sus alumnos y, en este caso, me parece preciso destacarlo. Después de saludar, ya en el salón, en silencio, sin urgencia, como saboreando espontáneamente esos primeros minutos de contacto visual, Gatti ordenaba sus carpetas y papeles y, luego, se aproximó a cada uno de nosotros para alcanzarnos el sílabo, la ruta del viaje que emprenderíamos juntos. Desde la perspectiva de mi impaciente juventud, dedicar el tiempo a repartir el sílabo de esta manera me desconcertó desde que lo hizo por primera vez, porque yo estaba acostumbrado a que los documentos vuelen de mano en mano rápidamente entre los alumnos, y, así, solo aquel que se sienta en la primera carpeta próximo al profesor recibe su atención directa. El gesto de Gatti no se trataba solo de cortesía ni mucho menos de un sacrificio del valioso tiempo de la clase o de alguna inseguridad respecto del

curso de los acontecimientos. Todo lo contrario. Tomar contacto –uno a uno– con cada alumno, responder con una afable sonrisa y con una honesta venia a nuestro tímido “gracias” significaba dedicar el tiempo necesario para establecer las bases de la relación personal entre el que enseña y el que aprende, algo que muchos profesores dan por sentado, obvian y hasta podrían subestimar.

Esa actitud horizontal –insisto– ya había calado en mi espíritu juvenil desde sus clases de Fonética; pero, durante ese inicio, con su fluido trazo, comenzó a esbozar en la pizarra algo aún más novedoso para mí: esbozó su filosofía acerca de la “República de la amistad” con la que nos confirmó su particular convite a emprender –acaso con la misma responsabilidad, con el mismo derecho, con el mismo goce– un viaje no solo intelectual de conceptos sino también de conocimiento personal interior. Aquella invitación revolucionó nuestras más altas expectativas. He allí la diferencia entre un buen profesor y un Maestro. Su amable acercamiento a nosotros siguió forjándose día a día, clase a clase, intervención tras intervención, lectura tras lectura y, como se sabe, traspasó los muros de la universidad. Con la confianza basada en la “República de la amistad”, de sus estudiantes de Literatura italiana de ese semestre, nueve de nosotros comenzamos a revivir el *Dolce stil novo* en nuestros estudios y en nuestra vida cotidiana. Creamos una “sociedad” delirante como solo los jóvenes logran entre ellos con sus felices ganas de escribir, producir y comerse el mundo entero y Gatti nos honró, sin saberlo, con su tan cálida disposición a permanecer juntos leyendo poemas y escuchando piezas clásicas más allá de las clases y del mismo claustro universitario.

Hoy llevo más de veinte años como docente en la universidad y en el colegio. Muchas veces, me he sorprendido a mí mismo imitando a Gatti, no como una copia simplona de algún método pedagógico, sino como un auténtico eco de sus enseñanzas que trato de transmitir a mis propios alumnos. Soy su colega y permanezco cerca de él y de Dante a través del *sui generis* grupo de la Lectura Dantis Limense. Cuando reparto sílabos y separatas, es imposible no recordar esos primeros determinantes momentos, esos primeros pasos para aproximarnos a Dante y a nuestro propio Virgilio en el curso de Literatura italiana, y,

aunque no me atrevo a proponerlo tan abiertamente como mi Maestro solía hacerlo con nosotros, procuro crear un espacio horizontal propicio para la “República de la amistad” con mis propios alumnos. Carlos Gatti posee el don de hacer que cada uno se sienta especial frente a él, pero esto –entiendo yo– es su más honesta forma de rendir homenaje a la franca amistad que nos ofrece calurosamente desde el primer momento el buen Maestro.

Homenaje a Carlos Gatti Murriel

Rosanna Merino Silicani

He tenido la gran suerte de conocer a Carlos al comenzar mi vida universitaria en la PUCP, y de trabajar a su lado hasta el día de hoy. Las clases de Literatura I y II en Estudios Generales Letras y los seminarios que Carlos dictaba a alumnos principiantes en el Instituto Riva-Agüero fueron decisivos para la elección de mi carrera. Desde esos años he sido testigo no solamente de su sabiduría, sino también de su extraordinaria generosidad hacia los alumnos, del respeto por las ideas ajenas, de la consideración de los sentimientos de todas las personas, de la profundidad y acierto de su enfoque pedagógico que despierta en sus alumnos la pasión por el conocimiento, de su interés y tolerancia por lo distinto, y de una infinidad de valores con los que –de verdad– ilumina la vida de los demás.

Todos los que hemos sido –y continuamos siendo– alumnos de Carlos sabemos que es un gran maestro, pues sus mensajes nos guían siempre hacia la reflexión para encontrar, por nosotros mismos, verdades universales de convivencia con la propia conciencia y con el entorno. Sentimos siempre, sin importar el número de personas que conforme el auditorio, que el mensaje va directamente a cada uno de nosotros, y que podemos incorporar a nuestra vida posibilidades antes impensadas para lograr nuestra felicidad.

Sabemos que no se puede ser un gran maestro si no se es una gran persona, porque es imposible guiar a alguien hacia la comunión con los demás si no se da el ejemplo con la propia vida. Y cada uno de los actos de Carlos obedece no solo al respeto de los derechos de los demás, sino a la consideración de sus sentimientos. Esta particular y valiosísima aproximación al otro obra como una acogida especialmente para sus alumnos, y anima en ellos la aprehensión de los nuevos conocimientos. Y, lo que es también importantísimo, tiene la fuerza del ejemplo.

Carlos es excepcionalmente generoso. Muchas personas son generosas con quienes comparten actividades, posiciones, sentimientos o sistemas de valores. Y eso es válido, claro está. Sin embargo, Carlos trasciende ese nivel de entrega simplemente porque él no clasifica a las personas. Así, quizá sin tener conciencia de ello, Carlos transmite sabiduría; ese conocimiento vasto, intenso y prudente sobre la vida.

Los alumnos de Carlos recibimos siempre en clase el sentido que tiene para nuestras vidas aquello que estudiamos y también su aplicación. Así, nos anima a profundizar en el conocimiento del lenguaje para entablar verdaderos diálogos, y en el conocimiento de las grandes obras literarias de Occidente para apreciar las formas como portadoras de significados, comprender nuestra cosmovisión y para, finalmente, mirar dentro de nosotros mismos. Nos enseña, entonces, a vincular el arte con nuestras vidas para ampliarlas, extenderlas.

La paz interior de Carlos es la base del optimismo con que enfrenta la vida. Y esto, como es contagioso, nos ayuda a entender que todo es posible. Así, por mejorar a cada instante la vida de los demás, crea vínculos afectivos nobles y fuertes con todos los que lo conocen.

Carlos en el aula

Julio Ortega

Me sumo con entusiasmo al homenaje tributado a Carlos Gatti, profesor, colega y amigo, cuyos cursos de lenguaje me iniciaron en la fecunda ruta de los estudios lingüísticos, a través de Saussure, Coseriu y Jakobson, lo que le dio forma a mi vocación crítica. Pero, sobre todo, me reveló los mecanismos de la lengua que el poema explora. Todavía conservo el manuscrito de mi tesis de bachillerato que pretendía revelar la forma musical de *Campos de Castilla*, esto es, la prosodia severa de su ritmo. Aunque al final hice la tesis sobre *Los ríos profundos*, publicada por la *Revista de Filología Hispánica*, todavía me tienta retomar el gusto del ritmo machadiano. Gracias a Carlos entendí para siempre que el poema es un milagro (que quiere decir ver más) de la música.

Me sumo a la celebración de su obra y ejemplo, aportando al florilegio esta flor de la memoria.

Carlos Gatti

Carlos Pereyra Plasencia

Es posible tener la oportunidad de acceder a una educación lo suficientemente buena como para abrirse paso profesionalmente en la vida. Sin embargo, ¿cuántos tienen la suerte de hallar en ese camino a alguien realmente excepcional? Basta un solo verdadero Maestro para crear un impacto determinante en la vida de un joven que se halla en plena formación. Más allá de la instrucción propiamente dicha, esa persona revela nuevas vías hacia la cultura universal e invita a explorar otras dimensiones, más elevadas, del saber. Infunde estándares de excelencia, rigor, meticulosidad y sentido común. Con estas armas, alienta a sus discípulos no a repetir lo enseñado, sino a emprender su propia aventura de indagación. Por encima de todo, despierta la noción de la cultura no como torre de marfil, sino como parte esencial del goce de la vida. Son ideas fundamentales para un joven universitario que experimenta un deslumbramiento intelectual y absorbe con avidez las nuevas ideas que le han de acompañar en los años venideros.

Tuve esa suerte cuando conocí a Carlos Gatti en 1979. Se han cumplido 40 años desde entonces, pero todo lo que aprendí de él sigue conmigo y muchas de mis actividades aún llevan su sello. Ya sus clases de literatura en Estudios Generales de la PUCP tenían un nivel muy superior a todo lo que había visto hasta entonces. Los aspectos más técnicos de la creación literaria eran descritos de manera directa y concisa (qué diferencia con aquellos que buscan una dudosa reputación de doctos haciendo todo lo contrario). Poco a poco Gatti fue desglosando para nosotros los secretos de la estilística, y con ello nos transmitía un criterio que hasta hoy considero esencial para la crítica artística: que la forma es el marco, flexible pero a la vez concreto, de la creatividad. Decía que Mozart encarnaba este paradigma, porque su arquitectura neoclásica era firme, pero no como camisa de fuerza, sino más bien como vehículo de la belleza inefable de sus sinfonías, conciertos, obras de cámara y óperas. Es más, incluso sus sorprendentes experimentos tonales, bastante adelantados a su época, en última instancia gravitan

siempre alrededor del sólido edificio de la tradición estética. Me reafirmo en ese concepto contra ciertas corrientes que soplan en el medio artístico desde hace ya un tiempo, por ejemplo bajo la forma del “Regietheater” y de los excesos del arte conceptual. Gracias, Maestro, por formarnos en la admiración del creador inspirado, pero también diestro y disciplinado, que no busca reemplazar la buena factura y, sobre todo, el talento auténtico, por un discurso.

Consecuente con estos principios, Gatti es excelente en todo lo que captura su interés. ¿Cómo habrá sido tenerlo de compañero de escuela o universidad? Seguramente era un muchacho impulsado constantemente por una insaciable curiosidad y un afán de perfección muy adelantados a sus años. Además de su saber oceánico en las materias que lo ocupan profesionalmente, sorprenden, por ejemplo, sus minuciosos conocimientos de geografía. Sin embargo, pienso que nada resume su personalidad como su práctica de la música. Con sus ejecuciones en su añoso piano Bechstein nos mostró cómo Mozart, Beethoven, Schubert, Schumann y Liszt construían sus grandes creaciones y abrían el camino para los compositores que vendrían después. Más allá de la música, el paradigma intelectual de Gatti, con su claridad, meticulosidad e inspiración, sigue siendo uno de los referentes más importantes de mi vida.

Carlos Gatti, maestro itinerante

Hugo Pereyra Plasencia

Arribé con Carlos Gatti y Jorge Wiese al aeropuerto de Barajas el viernes 8 de enero de 1982. Era la primera vez que los tres pisábamos suelo europeo. Esto ocurría cuando Carlos tenía casi cuarenta años y Jorge casi veintinueve. Fui testigo de ese espléndido encuentro entre la Europa material, cotidiana, y esa otra que mis amigos habían conocido en abstracciones e imágenes, a través de tantas novelas, poesías y textos académicos. Los tres creíamos, y todavía creemos, que nuestra filiación, en términos de civilización, es sin duda la de Occidente. Allí radicaba el origen de la tensa emoción que tuvimos cuando llegamos a Madrid. Conservo un pequeño diario de ese viaje memorable y creo que esta es una buena ocasión para hacer algunos recuerdos. Ya en la misma tarde de ese 8 de enero, en pleno invierno, recorrimos la Plaza Mayor, la Gran Vía y otros muchos lugares con una escala en la célebre Casa del Libro Espasa-Calpe, sin dejar de dar curso, por supuesto, a vinos y tapas en el camino. Como les ha pasado a tantos peruanos (muchos de ellos portadores de injustificados e irracionales prejuicios previos contra España), quedamos fascinados con Madrid. La tarde del 9 de enero ya estábamos en Lisboa, a donde arribamos por vía aérea. No olvido la emoción de Carlos cuando conoció el monasterio de los Jerónimos y estuvo por primera vez frente al río Tajo, asociado al tiempo de gloria del Portugal, a las “descobertas”, a las “caravelas” y a su imperio ultramarino. De las muchas imágenes de ese país –y sí que tengo varias asociadas a lugares como Óbidos, Batalha, Fátima, Estoril, Cintra y Queluz– retengo el paisaje de la playa de pescadores de Nazaré (10 de enero), donde vimos el cielo azul oscuro más intenso que pueda apreciarse frente al mar en invierno. Hicimos también una breve visita por tren a la vecina Galicia, que nos recibió con una estupenda visión de sus “riadas” acuáticas al amanecer (13 de enero). Fue notable la visita a Santiago de Compostela y a su célebre catedral, la del gigantesco incensario de plata o “Botafumeiro”, que iba de lado a lado con velocidad inusitada, colgado como un columpio (14 de enero). De vuelta en Madrid, el 16 de enero, luego de conocer el monasterio

de las Descalzas Reales, me despedí de Carlos y Jorge. Partían para Barcelona a continuar su periplo, mientras yo me disponía a viajar a Sevilla a hacer investigaciones en el Archivo General de Indias con una generosa beca del gobierno español.

Digo ahora lo que debí decir al comienzo. Me refiero a las circunstancias en que conocí a Carlos Gatti. Por los años en que yo terminaba mis estudios de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, hacia el año 1980, fui contratado por el Instituto Riva-Agüero, a propuesta de Carlos y del recordado padre jesuita Armando Nieto Vélez, para trabajar como auxiliar en el nuevo Archivo Histórico Riva-Agüero (AHRA). Me conmueve recordar ese tiempo de entusiasmo y de proyectos, rodeado de documentos históricos. No solo tuve la fortuna de trabajar en el AHRA, sino de conversar con Carlos y Jorge, secretarios académicos de Riva-Agüero, casi todas las tardes y noches, de lunes a viernes, a la salida de las labores. De esas estupendas clases informales, realizadas a lo largo de grandes caminatas por el centro de Lima, en una especie de enseñanza peripatética, deriva, por ejemplo, lo que conozco sobre Dante Alighieri y la literatura italiana en general. Carlos y Jorge me invitaban a sus casas, sobre todo el primero, quien tenía un soberbio piano de cola. Más de una vez escuché a Carlos interpretar piezas de Schubert y de Mozart. De las imágenes que conservo de él, cuando hablaba de política nacional o mundial, de temas literarios, o de la extraña concentración que ponía al tocar el piano, sin duda me quedo con esta última.

Cada vez hay menos personas como Carlos Gatti en nuestro país. Cuando pienso en el pavoroso retraso de nuestra tradición humanística, me emociona pensar que tuve la suerte de tener, en mi juventud, maestros como él, cuyas enseñanzas y anécdotas atesoraré siempre.

Mi primer maestro en la PUCP

Giovanna Pollarolo Giglio

El aula era enorme, intimidante. Chicos y chicas muy jóvenes, se saludaban como viejos conocidos celebrando el reencuentro. Yo venía de otro lado, de otro tiempo y debo haber revivido el trauma del primer día de colegio, el de la infancia en Tacna con otras niñas de mi edad. Ahora estaba en Lima, y no tenía la edad de los chicos y chicas. Había llegado tardíamente: quería aprender a leer, a escribir. Quería conocer y entender las novelas y poemas que leería, llenar los enormes vacíos, desde *La Iliada* en adelante, hasta hoy. Ahí, en esas aulas aprendería todo. Y fue entonces cuando ingresó el profesor Carlos Gatti. Literatura II, el curso que más había esperado. Todos enmudecieron y me bastó oír la calidez de su voz, reconocer la amabilidad de su sonrisa, el deseo de escuchar por qué estaba cada uno ahí, qué quería, para que desaparecieran los miedos y traumas, para espantar el deseo de irme, de escapar de esa aula, de esos jóvenes que me eran tan ajenos. El profesor Gatti nos habló de *La vida nueva* y yo supe que ahí empezaba también para mí, gracias a su amor por la enseñanza, a su generosidad para compartir sus conocimientos, una vida nueva en la que él fue un gran maestro.

A un gran maestro y amigo

Susana Reisz Candreva

Hablar de Carlos Gatti haciendo justicia a su calidad académica y humana es para mí una empresa difícil, pues mis recuerdos de su trayectoria vital se retrotraen a la lejana época en que ambos éramos estudiantes (él en la PUCP y yo en la UBA).

Cuando lo conocí, en mi primera visita a Lima, me impactaron su temprana sabiduría y su exquisita sensibilidad. Ya entonces supe que estaba ante un ser excepcional, que nos aventajaba a todos los de su edad por la amplitud de sus conocimientos (dignos de un sabio del Renacimiento), por su memoria prodigiosa, por su talento artístico y por la falta de arrogancia con la que compartía sus múltiples saberes.

Más adelante, cuando tanto él como yo éramos docentes –en las épocas heroicas de una PUCP que se sostenía dificultosamente gracias al esfuerzo mancomunado de sus profesores–, fui testigo directo de cómo el profesor Gatti maravillaba a sus jóvenes alumnos en sus clases de Fonética y de Literatura gracias a esa curiosa mezcla, tan suya, de rigor científico, fervor estético y pasión por la docencia.

Fue esa generosa pasión la que por aquellos años lo llevó a iniciar en el Instituto Riva-Agüero un seminario de lectura de la monumental obra de Dante, un grupo de intenso intercambio dialógico que se ha mantenido vivo hasta el presente gracias a la veneración que su palabra ha despertado en varias generaciones de discípulos.

Sé, por todo eso, que este gran maestro y artista, para quien la poesía y la música más sublimes parecerían no tener secretos, seguirá hechizando a sus oyentes con su sapiencia sin alardes, su amor a la belleza, su calidez y su inagotable generosidad.

Dejo aquí testimonio de mi admiración y de mi afecto por la persona, el músico, el maestro, el amante de la belleza, el hombre admirado por su sabiduría, generosidad y sencillez, y el gran amigo que siempre sentiré cercano, esté donde esté.

Carlos Gatti Murriel: Vivo huerto de amistad, intuición, deleite y sabiduría

Lena Retamoso Urbano

¿Quién sino el profesor Carlos Gatti para lanzar una pregunta tan sencilla y relevante a la vez? A fines de los años 90, tuve el privilegio de ser parte del curso de Literatura italiana que él impartía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. El profesor Gatti no solo nos invitaba a adentrarnos en el mundo de nuevos autores, sino que nos contagiaba una pasión ferviente por explorar más sobre sus obras, vidas y sus procesos creativos. Recuerdo en especial la clase en la que nos habló del poeta italiano Giuseppe Ungaretti y mientras analizábamos uno de sus poemas, él se detenía en cada palabra y viajábamos en el tiempo y en el espacio a través de las asociaciones que hacía entre las imágenes del poema, la vida y la historia; de él aprendí que crear o examinar una obra de arte era convocar en simultáneo al desconcierto y al alumbramiento. Un día, había yo quedado tan asombrada ante su modo de analizar los textos que, tomando el desafío personal de aproximarme a aquellos de un modo similar, perdí la noción del tiempo y seguía sentada cuando ya los demás estudiantes se habían ido. Mientras seguía escudriñando entre los versos de Ungaretti, el profesor Gatti se me acercó y me preguntó: “¿Usted escribe poesía?”; esa pregunta dirigida hacia mí en un tono tan acogedor y fraterno, fue como contemplar el vidrio de un espejo en el que había rehusado mirarme. Al responderle: “Sí”, despertó en mí otro ser, como si, gracias a esa pregunta, él me hubiera abierto unas puertas a un mundo que yo pensé existía solo en mis sueños: el de ser poeta y el de que alguien de su trayectoria me ofreciera su tiempo para hablar de inquietudes, poesía, música y cine fuera de las horas de clase. A él le debo el haberme contagiado las ganas de aprender cada día más y de tener una mayor apertura hacia el otro porque la enseñanza surgió a partir de ese encuentro.

Como profesor y amigo, también me apoyó en los inicios de mi producción poética, alentándome siempre a seguir descubriendo

nuevas sendas del decir, y sugiriéndome nuevas lecturas. Después de terminar mi bachillerato en la PUCP, nunca perdimos contacto y siempre que hemos podido nos hemos vuelto a encontrar en Lima o en Nueva York, con él y el profesor (y también amigo) Jorge Wiese. Cada vez que hemos conversado, siempre he sentido que descubría nuevas formas de interpretar el mundo. Una de las últimas veces que nos vimos en Nueva York, recuerdo que le comenté de uno de los poemas que estaba terminando de escribir. En este poema había un verso donde se hacía mención a Lázaro, y yo había incluido: “Lázaro, levántate y anda”, a lo cual el profesor Gatti observó: “En realidad debería ser Lázaro *ven fuera* porque la traducción previa provenía de un verso final de una de las *Rimas* del poeta español Gustavo Adolfo Bécquer y no necesariamente era la más fiel al pasaje bíblico”. Esa precisión de su memoria literaria era a su vez transmitida de una forma espontánea y tierna, mientras terminábamos de cenar en el restaurante Giorgio’s of Gramercy, como si estuviera encarnando estos versos de Ungaretti: “Doy la bienvenida a este/ día como/ a dulcificante fruta”. Creo que, de no haber conocido al profesor Gatti, alguna metáfora tal vez habría quedado enterrada en el tiempo, una manera de ver el mundo importante no habría encontrado el hogar exacto de su dimensión versal; pero gracias a que fui su estudiante, luego su amiga y ahora también colega, le debo la antorcha encendida de una formación humanística basada en la empatía. Cuando me enteré de que lo condecorarían como profesor emérito del Departamento de Humanidades de la PUCP, sentí que un círculo se había completado: el de hacerse público un reconocimiento a su sed inagotable de establecer puentes entre espacios y tiempos distantes y, como diría Miguel de Cervantes en *El Quijote*, a su generosa voluntad de “enseñar deleitando”; reconocimiento que día a día se lleva a cabo en sus clases y en el recuerdo que, como vivo huerto, ha dejado, deja y seguirá dejando en cada uno de sus estudiantes, amigos y colegas, gracias a una conversación siempre fructífera. Muy admirado profesor Gatti, y también Carlos, queridísimo amigo, no puedo pensar en otro verso más apropiado que este (nuevamente Ungaretti) para poner ante ti un asomo modestísimo de mi infinito agradecimiento por haberme enseñado a tocar puertas alternativas para llegar a mi mundo interior: “De esta poesía/me queda/aquella nada/de inagotable secreto”.

A Carlos Gatti, “jardinero de lo humano”

Grazia Sanguineti Mazzini

Feliz y honrada de poder colaborar en los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* por gentil invitación de la licenciada Beatriz Montoya Valenzuela, jefa del Archivo de la PUCP, adhiriéndome así al homenaje tributado al ahora profesor emérito, Carlos Gatti Murriel, con motivo de este muy merecido nombramiento.

He tenido el privilegio de compartir con él muchos años en los que ambos teníamos diferentes cátedras en nuestra querida *alma mater*, por mi parte desde 1967 hasta 1985, año en que regresé a Italia, a mi ciudad natal, Chiavari. La amistad que nos une se debe en especial al hecho de que formamos parte de la familia de la Católica, alimentada con los encuentros en el patio de Letras y en el Instituto Riva-Agüero, donde cada vez me recibía, siempre tan amable y acogedor, junto con mi entrañable amiga, la doctora Beatriz Mauchi.

Muchos son los factores que me han hecho sentir muy cercana a Carlos en su brillante trayectoria universitaria: desde el reiterado aprecio que mi querido suegro y maestro Onorio Ferrero de Gubernatis Ventimiglia tenía por él, hasta el interés por la cultura italiana en general y en especial por Dante (me encantó que Carlos haya mencionado en su discurso a Bruno Roselli, especialista en el tema, que muy pocos recuerdan), sin olvidar su capacidad de iluminar la poesía desde la música y viceversa, y sobre todo su auténtica vocación por la enseñanza que hace de él un magnífico “jardinero de lo humano”, aplicándole estas palabras tomadas de la obra de un escritor y docente italiano contemporáneo, Alessandro D’Avenia: *L’arte di essere fragili. Come Leopardi può salvarvi la vita*, precisamente referidas a la tarea del educador. Carlos es un maestro que se propone y sabe despertar en el alumno las potencialidades que pueden llevar al milagro de creación. La mayoría de los catedráticos que él ha recordado son los mismos que han marcado mi formación universitaria y a los que yo, como él, agradezco infinitamente.

Quiero también expresarle aquí mi admiración por sus publicaciones, algunas de las cuales están dirigidas a mejorar la competencia lingüística del estudiante, las técnicas de lectura y redacción, a profundizar en las reflexiones sobre la naturaleza del lenguaje, así como aquella que propone ejercicios de lenguaje científico y académico, todo lo cual es útil no sólo para los universitarios sino también para los profesores e investigadores.

Comparto asimismo su entusiasmo por la docencia que yo también sigo manteniendo vivo con mis alumnos de Español Avanzado de los Cursos de Cultura para “adultos mayores”, enamorados de este hermoso idioma.

Lamento profundamente que nuestra Católica ya no tenga el privilegio de disfrutar de sus extraordinarios talentos como docente y felicito a las universidades donde se desempeña, con la seguridad de que permanecerá en ellas por muchos y muchos años.

Quisiera dedicarle aquí unos versos de Pedro Salinas, del *Poemario Todo más claro*: “Las Cosas”, porque creo que expresan perfectamente lo que Carlos logra con sus alumnos, llevándolos al encuentro con el arte: “...¡Qué fácil, todo al alcance! / ¡Si ya no hay más que tomarlo! / Las manos, las inocentes/ acuden siempre al engaño/ (...) Cosecheras de apariencias /no saben que cada una / está celando un arcano./(...) Hay otra cosa mejor,/hay un algo, / un puro querer cerniéndose /por aires ya sobrehumanos/ –galán de lo que se esconde–,/que puede más y más alto./Un algo que inicia ya,/muy misterioso, el trabajo/ de coger su flor al mundo/–alquimia, birlibirloque–/para siempre y sin tocarlo.”

¡Adelante por esta senda, querido Carlos!

Nuestro Carlos Gatti Murriel

Carmen Villanueva Villanueva

Todos entendemos que las instituciones son indispensables. Pero las instituciones son creadas y descansan en las personas para mantenerse, crecer, desarrollarse y cumplir su papel necesario en las sociedades. Esto viene a propósito del reconocimiento como profesor emérito que ha hecho la Pontificia Universidad Católica del Perú a Carlos Gatti Murriel, merecidísimo al académico modelo de estudioso, investigador y docente.

Pero también, y creo que principalmente, como persona, lo que necesariamente no va unido a la solidez académica, pero que es tanto o más indispensable para que las instituciones tengan el nivel de excelencia a que aspiran quienes las integran.

Quiero referirme aquí a su estancia como secretario del Instituto Riva-Agüero: recuerdo su sobriedad, su trato exquisito y acogedor. Carlos era eficiente, de la clase de eficiencia que no se anuncia, sino de la que no se nota, pero funciona, y logra sus objetivos. El Instituto era el lugar para investigar, recibir clases, leer en su maravillosa biblioteca, asistir a infaltables y alegres reuniones navideñas, conversar de todo, o simplemente reunirse en un ambiente amable y acogedor, donde estaba siempre, sonriente y sobrio, Carlos.

Solo lamento que en algún momento perdiéramos su presencia diaria en el Departamento de Humanidades, que aportaba la confianza en su sabiduría y el respeto por su íntegra y serena personalidad.

Carlos Gatti: maestro, colega, amigo

Martina Vinatea Recoba

Debo empezar esta semblanza de mi maestro Carlos Gatti expresando que no tengo más que palabras de agradecimiento al maestro, al colega y, sobre todo, al amigo.

Conocí a Carlos Gatti, en las aulas de Estudios Generales Letras, el primer semestre de 1980. Yo había ingresado el año anterior y me había inscrito en la carrera de Literatura, a pesar de la oposición de mis padres. Buscaba argumentos que me permitieran sustentar mi elección. Ya había llevado Literatura I y decidí llevar Literatura II con el profesor Gatti. Debo confesar que no podía creer que existiera un curso tan interesante y un profesor tan completo como Carlos Gatti. Ese semestre aprendí muchísimo y algo que recuerdo con especial cariño es que Carlos me enseñó a leer en voz alta. Él solía pedir a los alumnos que leyéramos en clase, en voz alta, las lecturas seleccionadas. A mí me tocó leer un poema de Pedro Salinas lleno de exclamaciones y yo lo empecé a leer tímidamente:

“Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!”

Él se paró a mi lado y me repetía: “¡Exclama!”. Yo no me atrevía a exclamar, pero me lo repitió tantas veces que me solté a leer como él esperaba; en realidad, como debe leerse un poema de ese tipo. Con él aprendí a leer en voz alta, aprendí a relacionar dos lecturas distantes en el tiempo y en el espacio; además, me permitió darme cuenta de que no había errado en mi elección de carrera: debía estudiar Literatura.

Así lo hice, estudié la carrera de Literatura, decisión que me ha hecho y hace muy feliz. Años después, inicié mis labores docentes en la Universidad del Pacífico, donde él era el Secretario General y seguí

aprendiendo y aprendiendo de él y de su generosidad para entregar su sabiduría. Participé en la Lectura Dantis, la lectura de la *Commedia* que duró ocho años y seguí aprendiendo sin cesar. Debo asegurar que mi capacidad de asombro no ha disminuido frente a su conocimiento y su entrega como maestro; todo lo contrario, se ha ido acrecentado con los años.

Por ello, como dije al inicio, solo tengo palabras de agradecimiento para el maestro, para el colega y, sobre todo, para el amigo.

Carlos Gatti: Testimonio vital

Ricardo Wiese Rebagliati

La presencia de Carlos Gatti abarca vivencias y recuerdos que se remontan a mi adolescencia. De todos los amigos que mi hermano Jorge trató y llevó a nuestra casa el año en que él entró a Estudios Generales de la Católica y yo terminé la secundaria, Carlos marcó inmediatamente la diferencia: no solo era el mayor en edad, sino en todo el sentido de la palabra. Mis inquietudes alborotadas encontraron en su generosidad proverbial un “maestro, conductor y guía” –con esas palabras mi padre distinguía a sus amigos predilectos– que me abriría horizontes insospechados. No solo se encargó de prepararme para ingresar a la universidad: me surtió con estímulos que afianzaron decisivamente mi vocación artística. La música, los libros, los paseos limeños y viajes al norte peruano –*locus amoenus* común a nuestras familias–, películas, conferencias y una variedad profusa de intereses compartidos cimentaron espacios de cultivo personal debidos, básicamente, a su inmenso sentido de la amistad. Mi atracción por la música se debe en gran parte a él. No dudó en alcanzarme lecturas y discos, ni en ejecutar en su piano piezas imborrables. Me impresionaban especialmente los *Estudios sinfónicos* de Schumann y la *Pavana para una infanta difunta*, de Ravel. Tampoco vaciló en prestarme biografías como la de Mozart (de Alfred Einstein), *Schumann y el alma romántica* de Marcel Brion, o el maravilloso *Gaspard de la nuit* de Aloysius Bertrand, que calaron profundamente mis años juveniles. Recuerdo emocionado casi todos los conciertos que atendimos en el teatro Municipal, o en cuanto local se presentaran intérpretes contratados por la Sociedad Filarmónica, de la que sigue siendo un fiel puntal. Sus comentarios siempre aleccionadores reflejaron indefectiblemente una búsqueda de la excelencia contagiante, que jamás desligó valores estéticos de los humanos en general. Su cercanía a la cultura italiana nos llevó desde las cumbres literarias hasta las bufonadas de Gassman, Tognazzi, Manfredi y tantos más. Una tarde inolvidable, Carlos, Jorge y yo no nos movimos de nuestras butacas del cine club del Ministerio de Trabajo y repetimos *Ocho y medio* de Fellini.

Desde que nos conocimos, Carlos me demostró un entusiasmo incondicional por mis pinturas, y he de agradecerle siempre ese espaldarazo. Mucha agua ha corrido desde que le dediqué el bodegón que conserva en su comedor. Una vida compartida de afanes hermanados por hacer de nuestro paso en el mundo un testimonio de su belleza, más allá de las debilidades de nuestra condición. Cuando en 2006, Jorge me propuso retratar a Dante para una exposición en la Universidad del Pacífico, acepté complacido y entregué la obra a su destinatario natural, Carlos. Ese perfil sirvió de base para el libro *Dante contempla la Trinidad*, de Jorge Wiesse Rebagliati, que recibió el Premio Internazionale Flaiano di Italianistica 2018 en julio de 2018. Poco antes, en marzo del mismo 2018, en un seminario llevado a cabo en la Universidad de Rochester, Carlos Gatti presentó unas páginas en el que trazaba paralelos entre la poesía de Giuseppe Ungaretti y mi obra pictórica, leídas en un italiano tan perfecto que impresionó al auditorio y especialmente a nuestra amiga la profesora honoraria Donatella Stocchi Perucchio, organizadora del evento. Décadas atrás, don Pedro Benvenuto Murrieta refería irónicamente una tendencia que se afianzaba en el panorama político y cultural: “El gran culto de la pequeña personalidad”. ¿Qué pensaría el recordado maestro ante la proliferación narcisista que hoy define la escena global? Nadie más distante de estos cantos de sirena que Carlos Gatti. Su modestia encabeza las calidades personales que hacen a nuestro amigo y profundo conocedor de la *Divina Comedia* ser quien es: un émulo de Virgilio en esta selva oscura. Más justa no ha podido resultar la distinción de profesor emérito a Carlos Antonio Gatti Murriel por la Pontificia Universidad Católica del Perú, conferida recientemente.

Homenaje a la figura de Carlos Gatti

David Wong Cam

No conozco una persona que diagnostique un problema complejo como él. Lo demostró cuando una universidad quiso expulsar a un profesor inocente y yo pude defenderlo con sus consejos. Además, yo estaba muy desanimado por una sociedad que en lo fundamental se basaba en el egoísmo. Encontré en él el desprendimiento de un ser que ama a la humanidad con fuerza: me invitaba a su casa a escucharlo tocar piano y a cenar a restaurantes, en mi matrimonio no escatimó en regalos. Pero sobre todo siempre estuvo ante mí, con calidez. Encontré en él, el modelo que me dio esperanza en la vida.

Lo conocí alrededor del año 1988. Se convirtió en uno de mis mejores amigos, aunque no fue mi profesor. A raíz que tenía problemas para redactar, un amigo me lo presenta para que me ayude. En realidad, asistí a unas reuniones con jóvenes, todos los viernes, que leían con profundidad la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Lo que pensé fuera una reunión técnica de redacción se convirtió en la puerta de entrada a una filosofía de vida rica y fundamentada en el amor. Esta experiencia que duró unos cinco años nos dejó muchas enseñanzas: hacer pocas cosas bien hechas, lo importante es ser más que tener, es un pecado tanto gastar como ahorrar en demasía o todos nuestros logros vienen con la ayuda de Dios.

Un aspecto importante de estas enseñanzas lo constituyó un cambio de enfoque en la forma en que impartía los cursos en que enseñaba en la Universidad. En finanzas, mi objetivo ya no es maximizar el valor si no buscar el bienestar del hombre. Encontré en esta humanidad mi gran tema académico: las empresas familiares. Con esta materia intento encontrar evidencias, que no abundan, de empresarios que pueden ser a la vez de líderes, ser éticos.

Este grupo de lectura me ayudó a encontrar a grandes amigos. Uno de estos miembros se convirtió en coautor de artículos en revistas

internacionales, otro ayudó a mi esposa sobre un serio problema legal, otro me albergó en su casa cuando regresé de mi doctorado.

¿Quién es para mí Carlos Gatti? Hace poco estuve en París, en el Museo d'Orsay, vi en el cuadro de Eugène Delacroix a Dante y a Virgilio en el infierno. Este profesor, descendiente de italianos, es el Virgilio de la epopeya de mi vida que transcurre en esta selva oscura. En palabras sencillas, Carlos ha promovido y promueve mi felicidad. ¡Gracias por tanto bien recibido!

De la mano del maestro

Carmela Zanelli

Pensar en Carlos Gatti Murriel es pensar en el maestro que encaminó mis primeros pasos en el campo tanto de la Lingüística como de la Literatura cuando ingresé a las primeras clases del curso de Fonética con deslumbramiento y bastante temor cuando aprendíamos sobre la materialidad del lenguaje –desde los sonidos más ásperos hasta los más dulces– y terminábamos hablando finlandés, japonés o sueco casi sin darnos cuenta.

Asustada cuando debía reproducir y leer sin titubear el alfabeto fonético que nos enseñaba el profesor Gatti en las prácticas de los viernes en las antiguas aulas del bellissimo edificio republicano que habita el Instituto Riva-Agüero en el corazón de nuestra ciudad de los Reyes. Pero también y ya de regreso en el Perú, decidí llevar de contrabando el otro curso de Carlos, que no había podido llevar cuando era alumna regular, el de Literatura italiana, dedicado a la soberbia *Commedia* de Dante, la poesía de Petrarca y Ungaretti.

Me volví feliz nuevamente convertida en alumna para beber de la sabiduría del profesor Gatti y desarrollar desde allí una etapa distinta para convertirme en colega y sobre todo en amiga, pero una que sigue aprendiendo del querido primer maestro.

Nos ha unido también la música, en especial, la ópera, donde siempre coincidíamos gracias a mi padre, gran aficionado a la ópera italiana y francesa, pero también de Mozart y algunos títulos de Richard Wagner. Carlos recuerda hasta hoy el único día que pudo conversar con mi padre –pocos días antes de su muerte– y me prodigó las frases que mejor me lo recuerdan porque fue capaz, gracias a su sensibilidad tan fina, de advertir su generosidad como el vínculo que nos unía y que nos hacía cómplices: “fue un breve, pero intenso encuentro que tuve con él. Entonces pude intuir mucho de su profundidad y de su bondad, las cuales me mostraron a un

hombre sabio y ejemplar". Carlos Gatti entendió cuál era la fuente de nuestras comunes aficiones artísticas, tanto musicales como literarias. Por todo ello, le estoy muy agradecida.

Fotografías



María del Carmen, Carlos y María Teresa Gatti Murriel, 1949

FILIACION

Nombre y apellidos *Carlos A. Gatti Marriel*

Nombre del padre *Carlos Gatti Brunialti*

Nombre de la madre *Amelia Marriel de Gatti*

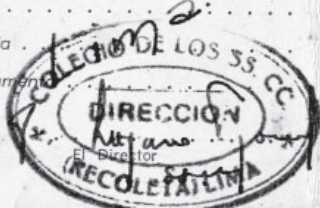
Domicilio *San Jacinto 270*

Nacido el *9* de *Noviembre* de *1942* en *Lima*

Distrito

Provincia

Departamento



Este Carnet acredita la identidad del alumno y simboliza el aporte patriótico de la juventud a la difusión de la Cultura en la Escuela Peruana.

.....
Firma del padre o apoderado

Carnet del Estudiante Peruano, 1949



Colegio de la Recoleta, 1954

000

No. 147



Don Carlos Antonio Cotte Mauriel y de Doña Amelia
hijo de Don Carlos y de Doña Amelia
nacido en Lima el 9 de Noviembre de 1942
domiciliado en Lima calle Tulcea No 841 Telef. 45302

queda matriculado como alumno oficial del año de estudios de la Facultad de Letras.

Especialidad.....
Lima, 9 de Abril de 1957

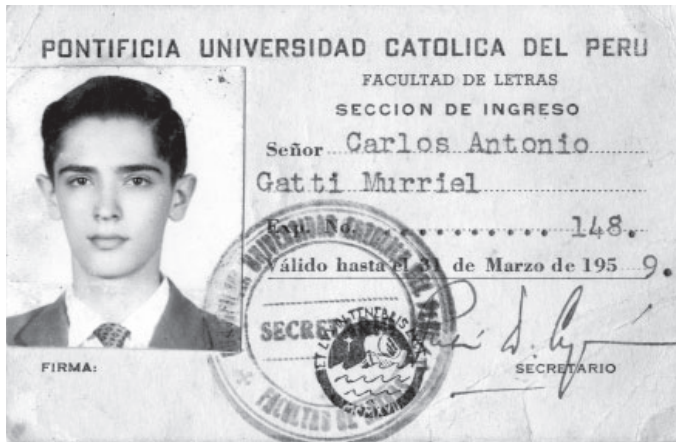
Observaciones.....

Carlos Antonio Cotte Mauriel
14798

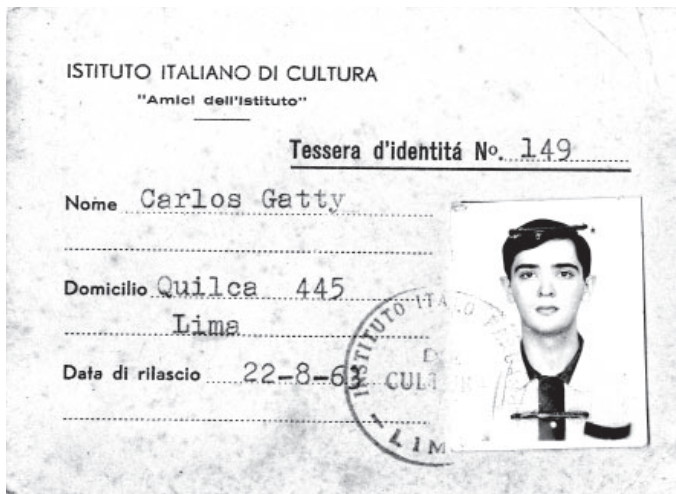
Recibo No.

Lima, 08 de Septiembre

Ficha de matrícula n° 147 de la Facultad de Letras
(Lima, 9 de abril de 1959)
Libro de matrículas de la Facultad de Letras (1957 - 1959), p. 360



Carnet Universitario, 1959



Carnet del Istituto Italiano di Cultura, 1963



Biblioteca de Pedro Benvenuto, 1964



En el campus de Pando, 1973



Con Sara Llong Quiun, 1973



Secretaría del Instituto Riva-Agüero, 1977



Con el arquitecto Héctor Velarde en la Universidad de Lima, 1978



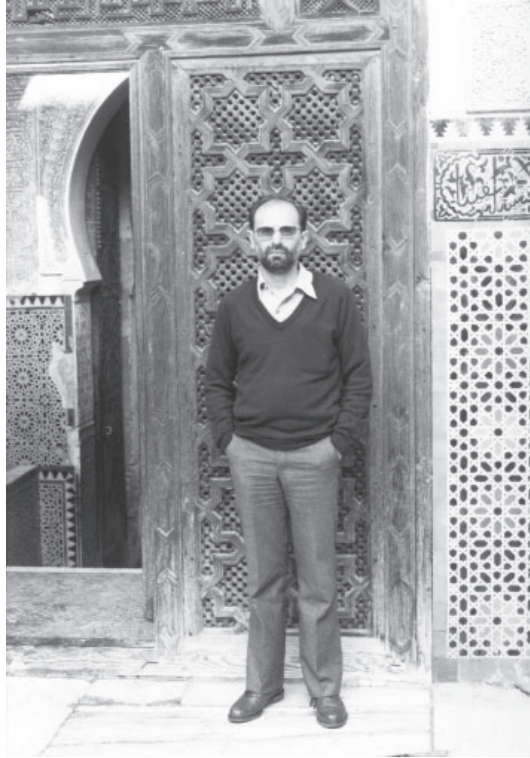
*Homenaje a Alejandro Lostanau Ulloa realizado en el Instituto Riva-Agüero;
de izq. a der.: don Alejandro Lostanau, el padre Armando Nieto Vélez S.J.,
Hugo Pereyra Plasencia, César Gutiérrez Muñoz, Carlos Gatti Murriel y
María Lily Ramírez Muñante*



Con la Guide Bleu de Hachette en Italia, 1984



En Ravenna, en el umbral del sepulcro de Dante, 1984



Marruecos, 1984



*A partir del segundo de la izquierda: Carlos Castillo, José Antonio Rodríguez,
Carlos Gatti, Jorge Wiese, Seiji Asato y Benjamín Castañeda
en el Teatro Municipal de Lima*



*De izquierda a derecha: Patricia Zubiarte, Cecilia Montes,
Susana de los Heros y Carlos Gatti, 1987*



A partir del tercero de la izquierda: R.P. Ricardo Wiese, Carlos Gatti, Jorge Wiese, Margarita Guerra. Almuerzo en homenaje al doctor José Agustín de la Puente, 1997



En Segesta, Sicilia, con Jorge Wiese, 1998



Carlos Gatti, Eugenio Coseriu y Jorge Wiese, 1998



Fotografía de Sergio Dextre, 2010



Con Valeria Gatti, Jorge Wiese y Eugenio Covarrubias, puente sobre el río Cam, Universidad de Cambridge, 2011



De izquierda a derecha: Luis Landa, Giovanna Pollarolo, Cesare Del Mastro, Carlos Gatti, Donatella Stocchi-Perucchio, Nicola Bottiglieri, Jorge Wiese, Jacqueline Risset, Efraín Kristal, Stefano Cerrato, Martina Vinatea y Elio Vélez. Aula Magna, Universidad del Pacífico, 2013



De izquierda a derecha: Carlos Gatti, Giovanna Pollarolo, Jorge Wiese (oculto), Danilo Céspedes, Martina Vinatea y María Gracia Martínez



Universidad del Pacífico, 2015



Con profesores y autoridades de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2015



Con la estatuilla de Dante, 2016



Con los integrantes de la Lectura Dantis Limense, 2016



Con artistas y Teresa Ortiz de Zevallos, Muriel Clemens de Briceño, Salomón Lerner y Federico de Cárdenas, miembros de la directiva de la Sociedad Filarmónica de Lima, 2017



*De izq. a der.: Ricardo Wiese, Carlos Gatti, Jorge Wiese y Luis Alfredo Agusti.
Memorial Art Gallery de la Universidad de Rochester (Nueva York), 2018*

Índice

<i>Presentación,</i> por Salomón Lerner Febres	5
<i>A Carlos Gatti Murriel,</i> por Francisco Hernández Astete	11
<i>Laudatio,</i> por Jorge Wiese Rebagliati	14
<i>¡Muchas gracias!,</i> por Carlos Garatea Grau	20
<i>Palabras de agradecimiento,</i> por Carlos Gatti Murriel	22
 <i>Testimonios</i>	
<i>Mucho más que un profesor,</i> por María Fernanda Alvarado Icaza	29
<i>Carlo Gatti,</i> por Nicola Bottiglieri	30
<i>Carlos Gatti y la Música Clásica,</i> por Federico Camino Macedo	32
<i>La alegría de la amistad,</i> por Giuliana Contini Pigatti	34
<i>Líneas de agradecimiento,</i> por Eleonora María Falco Scheuch	36

<i>Carlos, maestro y amigo fraterno,</i> por Ricardo González Vigil	38
<i>Carlos Gatti Murriel: humanista por esencia,</i> por Margarita Guerra Martinière	39
<i>El maestro y su piano,</i> por Armando Guevara Gil	41
<i>Carlos Gatti para siempre,</i> por César Gutiérrez Muñoz	43
<i>Carlos Gatti y sus conferencias magistrales,</i> por Efraín Kristal	44
<i>Gatti y Dante, amigos en la PUCP,</i> por Luis Landa Rojas	46
<i>Homenaje a Carlos Gatti Murriel,</i> por Rosanna Merino Silicani	49
<i>Carlos en el aula,</i> por Julio Ortega	51
<i>Carlos Gatti,</i> por Carlos Pereyra Plasencia	52
<i>Carlos Gatti, maestro itinerante,</i> por Hugo Pereyra Plasencia	54
<i>Mi primer maestro en la PUCP,</i> por Giovanna Pollarolo Giglio	56
<i>A un gran maestro y amigo,</i> por Susana Reisz Candreva	57

<i>Carlos Gatti Murriel: Vivo huerto de amistad, intuición, deleite y sabiduría,</i> por Lena Retamoso Urbano	59
<i>A Carlos Gatti, “jardinero de lo humano”,</i> por Grazia Sanguineti Mazzini	61
<i>Nuestro Carlos Gatti Murriel,</i> por Carmen Villanueva Villanueva	63
<i>Carlos Gatti: maestro, colega, amigo,</i> por Martina Vinatea Recoba	64
<i>Carlos Gatti: Testimonio vital,</i> por Ricardo Wiese Rebagliati	66
<i>Homenaje a la figura de Carlos Gatti,</i> por David Wong Cam	68
<i>De la mano del maestro,</i> por Carmela Zanelli	70
<i>Fotografías</i>	75

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Archivera de la Universidad

Dora Palomo Villanueva
Archivera

Amy Saravia Chávez
Ysabel Morán Cavero
Enver Ramos Nolte
Jhoanna Rodríguez Ochoa
Jorge López Eguizábal
Natalia Ruiz Justo
Iván Rojas Rosales
Jesús Chumpitazi Yáñez
Archiveros

Renzo Gutiérrez Febres
Claudia Vasquez Marreros
Carlos Llanos Ayala
Noemí García Lazo
Fátima Cabrera Triay
Alumnos colaboradores

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Ejemplar N°

El número 61 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 9 de noviembre de 2019, natalicio del profesor emérito Carlos Gatti Murriel. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.